

LOSAS Y CORONAS SEPULCRALES EN MÉRIDA

ENSAYO SOBRE ALGUNOS CARACTERES EXTERNOS
DE LOS EPITAFIOS DE LOS SIGLOS V AL VII

*Al Seminario de Estudios de Arte
y Arqueología de la Universidad
de Valladolid con motivo de publi-
carse el Fascículo I de su BOLETÍN.*

Muchas novedades ha dado el estudio de los epígrafes latinos de Mérida del siglo IV al VII. Las he recogido en junto en mi tesis doctoral, inédita, *Los epígrafes cristianos latinos de Mérida* (Madrid, 1948). Pero algunas merecen más amplia exposición de la que en ella tienen, a veces somera y sin detalle, pues el carácter general de aquel trabajo limitaba la extensión de los diversos temas estudiados. Allí queda demostrada la importancia vital de los caracteres externos para la crítica epigráfica, porque en ellos puede seguirse una evolución que permite incluso atribuir una fecha a los epígrafes que no la tuvieron consignada o que la perdieron por rotura de la pieza. Entre aquellas particularidades externas de los epígrafes emeritenses quiero destacar en este artículo las que se refieren a la forma de una serie de losas sepulcrales de los siglos V al VII y al adorno de la corona de muchos epitafios de los siglos V al VI en la ilustre metrópoli lusitana.

El punto de partida de esta exposición es un elocuente argumento del cuidado que ha de ponerse en el estudio de los susodichos caracteres. Lo demás es una prueba del interés que para la crítica epigráfica contienen caracteres tan accesorios a simple vista como la forma de la materia o los ornamentos de

la expresión literaria (1), y de los numerosos y diversos datos que las inscripciones pueden aportar a la Historia a través de su forma externa.

Reconstrucción de la losa sepulcral de Florentia y de Marcella.

En 1884 se descubrieron en Mérida algunos sepulcros antiguos, en el llamado «corralón de Gragera», situado en las inmediaciones de la carretera que va desde la ciudad a la estación del ferrocarril, según ROMERO DE CASTILLA (2). Por el mismo autor sabemos que estaban contruidos con ladrillos y cemento y que encima de dos de ellos había sendas lápidas colocadas en posición horizontal (3). Dentro de estas dos sepulturas se encontraron algunos huesos humanos, los más sólidos del esqueleto; pero no conservaban su relación natural y estaban revueltos con la tierra. Además, dentro de cada uno de los dos había un jarrito

(1) Parecidos estudios en otras partes podrían remozar y dar nuevo impulso a la Epigrafía, donde no todo es rutinario y simple fórmula árida y aburrida. Hay en la Epigrafía una vitalidad humana riquísima e interesante, cuya investigación ofrece el mayor atractivo y el más alto interés. Mas para ponerse en camino de esa investigación es necesario ver en cada epígrafe una íntima relación entre su contenido textual y su expresión, y entre éstos y la materia que los contiene; porque aun teniendo siempre en cuenta que lo esencial de la inscripción es su contenido interno, no es posible llegar a comprenderlo sin penetrar en él precisamente a través de la forma expresiva. Es decir, hay que proceder en sentido inverso a la producción del epígrafe en la cual, en general, lo primero es una elaboración intelectual; lo segundo, una forma literaria, y lo tercero, una forma material. Sin ésta no hay hecho epigráfico. En la investigación epigráfica habrá de procederse necesariamente en este orden: 1.º, estudio de la forma o expresión material; 2.º, estudio de la forma o expresión literaria; 3.º, estudio de la elaboración intelectual. De consiguiente, es imposible llegar a una síntesis integral en esta materia sin tenerlos en cuenta, como es imposible publicar una colección epigráfica sin acompañar a los textos los datos de los caracteres externos de las inscripciones, imprescindibles para la mayor utilidad de aquéllos.

(2) Tomás ROMERO DE CASTILLA: *Inventario de los objetos recogidos en el Museo Arqueológico de la Comisión Provincial de Monumentos de Badajoz*. Badajoz, 1896, p. 67.

(3) Ob. cit., p. 68.

de barro. Lápidas y jarritos fueron a parar al Museo Arqueológico de Badajoz, donde todavía se conservan.

Las lápidas son las de *Florentia* y *Fortuna* (1). Aquí sólo me interesa la primera. Su inscripción está repartida en seis renglones adaptados al círculo interior de la corona de laurel que decora el epitafio. Inmediatamente debajo de la corona y en eje con ella hay un adorno de círculos, puestos dos concéntricos y cuatro exteriores secantes del mayor en forma de cruz. Debajo de los círculos está grabada una línea recta con pretensiones de horizontal, lado superior restante de un rectángulo perdido al romperse por allí la piedra. Aún quedan vestigios de los lados contiguos, que forman los ángulos superiores del cuadrilátero, guarnecidos éstos con unos circulitos muy pequeños, de los cuales el de la derecha se ha perdido casi por la erosión (lám. I). Salta a la vista que el epitafio, la corona y la combinación circular están grabados por un mismo escultor; y que los restos del rectángulo son de otra mano. La losa está rota evidentemente por su parte inferior. Los costados parecen intactos, salvo superficiales erosiones. Por la cabecera presenta un corte ligeramente oblicuo, con algunas mellas, que bien puede ser el primitivo. En este estado mide la losa 0,98 m. de alto, 0,61 de ancho y 0,05 de grueso. Su calidad es caliza marmórea, de color gris azulado con vetas blanquecinas. La fecha del letrero es la *Era DIII* (465 de C.).

Años después, en 1897, el marqués de Monsalud publicó el epitafio de *Marcella*, descubierto también en Mérida, en el corral de la «casa de Perero» sita en la calle Moreno de Vargas. El letrero está escrito en la parte superior de una losa, distribuido en siete renglones dentro de un rectángulo grabado sencillamente con líneas. Del rectángulo falta el lado superior, perdido al romperse por allí la piedra, fractura que afectó también en parte a la M inicial del primer renglón y a las A R siguientes. Los vértices inferiores del cuadrilátero están adornados con un circulito pequeño. Debajo del último renglón y dentro del rectángulo hay una palma grabada en posición vertical. Los costados de la losa, aunque rozados y erosionados, parecen los primitivos. Más gastado aparece el borde inferior, donde falta el esquinazo

(1) Al fin doy la lista de los epígrafes que cito en este trabajo, acompañados de la bibliografía imprescindible donde se encontrará lo demás.

de la derecha. Sus dimensiones actuales son: 1,45 m. de alto, 0,595 de ancho y 0,06 de grueso. La piedra es caliza marmórea, gris azulada y vetada de blanco (lám. II). El letrero está fechado en la *Era DLXLVI* (558 de C.) (1).

Las dos piedras fueron, pues, encontradas en fechas distintas y conservadas en colecciones diferentes. No hubo ocasión, por tanto, de comprobar que eran los fragmentos de una misma losa sepulcral, a pesar de ser la misma clase de piedra y de haber aparecido en lugares tan próximos como el «corralón de Grajera» y el corral de la «casa de Perero». Tampoco yo di con ello (2) hasta después de haber hecho el estudio de las coronas, rectángulos y otros ornamentos que ostentan las inscripciones emeritenses. Al examinar los recuadros rectangulares que enmarcan algunos epitafios fué cuando me apercibí de que las rayas y circulitos inferiores de la piedra de Badajoz estaban grabados con el mismo arte seco y rudo que el rectángulo de la losa de Madrid; que la calidad de la piedra era la misma; que su vetas

(1) El numeral está escrito así: *DLXLAS*, con nexo $X - L = 40$. Su lectura es: *quingentum* (o *quingenti*, o *quingentesima*) *nonagesima sex*, siendo la A la indicación del ordinal femenino y la S una corrupción del signo o nexo de *ui* (=VI), tenido hasta ahora por el numeral griego ς y conocido con el nombre de «epsemon». El Sr. MALLON acaba de demostrar en su interesantísimo estudio *Pour une nouvelle critique des chiffres dans les inscriptions latines gravées sur pierre* («Emerita», vol. XVI, pp. 14-15, Madrid, 1948) que dicho signo no es la cifra griega, sino que tiene su origen en el enlace de las letras *ui* en la antigua cursiva romana. Sobre la explicación del numeral de la Era de este epígrafe, de otros dos en los que aparece escrita en la misma forma, y de la corrupción del nexo originario *ui* en S y en C, tengo redactado un trabajo titulado *La función numeral VI de la S y de la C en los epígrafes hispánicos*, el cual verá la luz oportunamente.

(2) *De epigrafía cristiana extremeña. Novedades y rectificaciones*. «Archivo español de Arqueología» t. XX, pp. 272 y 283, Madrid, 1947. Allí considero los recuadros de las piedras de Badajoz y de Madrid como pertenecientes a piezas distintas, si bien llamo la atención sobre la semejanza del recuadro de la piedra de *Florentia* con el del epitafio de *Marcella*. Añado que la inscripción de *[St]hefanus* se contiene dentro de un recuadro grabado, «como fué cierta moda en los epígrafes emeritenses desde mediados del siglo V», afirmación que he de rectificar ahora retrayendo dicha moda a mediados del siglo VI. Todo tuvo por fundamento el no haber visto entonces que no había dos recuadros diferentes, sino uno solo. Pruébese una vez más con cuánto cuidado han de ser examinados los caracteres externos de los epígrafes, aun cuando éstos aparezcan íntegros.

seguían igual dirección; y, sobre todo, que las fracturas de ambas piezas coincidían en absoluto, completando exactamente el rectángulo del epitafio de *Marcella* los restos que quedan en la losa de *Florentia*. La imposibilidad de hacer una comprobación material directa me obligó a conformarme con la de las improntas. La sencillísima operación dió un resultado tan evidente (1) que, unidas a él las observaciones anteriores, dejó fuera de toda duda que las dos piezas eran los fragmentos de una misma losa sepulcral; entonces saqué a escala el dibujo de la figura 1, el cual da idea del aspecto íntegro de la piedra.

De la reconstrucción obtenida se deduce que la tapa del sepulcro de *Florentia* era una losa de muy poco más de 2 m. de largo (2) con un ancho de 0,595 a 0,610 y un grueso de 0,05 a 0,06 (3).

Cerrado el sepulcro después de la primera inhumación en el año 465, la tapa no tenía grabados más que el epitafio de la difunta, inscrito en la cabecera de la losa, guarnecido con la láurea y adornado con la combinación circular, de carácter simplemente ornamental o simbólico, duda que por ahora no logro disipar.

El resto de la losa estaba liso. El grabado del epitafio es delicadísimo y muy fino, tanto que lo tengo por el más bello de los epígrafes emeritenses conocidos. Los surcos de las letras son dulces y poco profundos, ofreciendo notable diferencia con el letrero de *Marcella*, de ejecución más dura y áspera. El follaje de la corona está interpretado con tres series concéntricas de trazos breves, de forma de hoja, abiertos a biseles profundos, en

(1) A esta evidencia llegué el día 20 de diciembre de 1947, fecha en la que confronté las improntas.

(2) Como la losa había de estar tendida, en posición horizontal, no cabe hablar de una medida de altura, sino de longitud. Epigráficamente, la determinación de la altura de las piedras que contienen las inscripciones es puramente convencional, relacionando aquella dimensión con el alto de las letras. Pero convendría aclararlo en cada caso, o de una vez para todas, porque puede inducir a error cuando las lápidas, como en el caso actual, no estaban en posición vertical. Sin esa aclaración podría pensarse que las piedras habrían estado derechas. La posición de las piedras no sólo no es indiferente para la crítica de las inscripciones que contienen, sino que es un dato utilísimo para ella.

(3) Las diferencias de ancho y de grueso son debidas a la irregularidad de la labra de la losa. Por otra parte son tan pequeñas e insignificantes en proporción al tamaño de la piedra que no son para tenidas en cuenta.

busca de un fuerte contraste de luces, suavizado en los extremos por trazos superficiales, ondulados o retorcidos, que prolongan las puntas agudas de aquéllos. El diámetro de la corona es de 0,465 m. Por la misma mano están ejecutados los círculos que completan la ornamentación o el simbolismo del epígrafe. Toda la composición está descentrada del eje de la losa, hacia la derecha.

Casi un siglo después que la joven *Florentia*, en el año 558, murió *Marcella* y su cadáver fué depositado en el sepulcro de la primera. Para el nuevo epitafio se aprovechó el espacio libre de la losa debajo de la inscripción anterior. Pero las modas habían cambiado y en aquel momento del siglo VI parece ser que las coronas eran ya cosa anticuada. Se estilaba adornar el epitafio con un sencillo rectángulo que lo encuadrara, grabado simplemente con cuatro rayas, cuyos vértices se adornaron aquí con sendos circulitos muy pequeños. Como simple ornamento, o como símbolo, se puso la palma debajo del letrero y dentro del rectángulo (1). En realidad, la nueva inscripción contiene los

(1) Aclarado que en la misma sepultura hubo dos inhumaciones surge un pequeño problema, que no es por eso indiferente o menos importante. Dentro del sepulcro se encontró un jarrito de barro (ROMERO DE CASTILLA: ob. cit., páginas 68 y 95. NAVASCUÉS, *De epigrafía*, p. 272 y f. 7. 2) que ahora es difícil asegurar cuándo se metió allí, si en el año 465 o en el 558. La cuestión no es baladí para la arqueología habida cuenta de que entre una y otra fecha medió casi un siglo, tiempo más que suficiente para una evolución o cambio radical en los usos y costumbres. Las circunstancias históricas eran también muy diferentes, pues en 465 los visigodos no se habían apoderado definitivamente de Mérida y rondaban por ella los suevos disputándose con aquéllos el dominio de la ciudad. No creo fácil decidir; pero a juzgar por un hallazgo semejante en el sepulcro en el que estaba puesta la lápida de *Fortuna*, fechada, en 601, me inclino por el momento a pensar como más probable que la vasija en cuestión es contemporánea del sepelio de *Marcella* en 558, y que con tal ocasión fué introducida en el sepulcro.

Este problema está en relación con otro que consiste en si al ser enterrada *Marcella* se conservaron en la sepultura los restos de *Florentia*, o no. La sepultura fué indudablemente violada de antiguo, intencionada o accidentalmente, antes de su descubrimiento en 1884. Lo demuestra la aparición de los fragmentos de la losa en lugares distintos. Por esta razón ROMERO DE CASTILLA no podía ver los restos óseos en su debido orden; pero sí pudo haber agotado los recursos para examinar si los huesos pertenecían a más de un esqueleto. Sin embargo, es justo reconocer que gracias a él tenemos una noticia no exenta de gran interés. Esta observación que echo de menos hubiera sido muy importante para tenerla en cuenta en la cuestión que plantea el tercer capítulo de este artículo.

mismos elementos y con la misma organización que la primera: el epitafio, la orla y un simple motivo ornamental o simbólico. Lo diferente es la forma; pero sobre todo la ejecución. El resultado tiene, sin embargo, tal ritmo de composición que da gracia y encanto singulares al conjunto logrado con tan sencillos recursos. Anótese también que en el segundo epitafio se respetó la asimetría del primero respecto al eje de la losa.

La reconstrucción expuesta tiene a mi juicio gran interés. En el aspecto arqueológico proporciona un ejemplar español de gran novedad y nos garantiza la forma de otros emeritenses que ahora constituyen una serie perfectamente explicada y de la que esta es la pieza más completa e importante. Históricamente plantea problemas acerca de los usos y costumbres funerarios de la gran metrópoli lusitana y suscita cuestiones económicas insospechadas relativas al aprovechamiento de los cementerios. En cuanto al arte, es cabeza de una serie de epitafios orlados de coronas, característicos hasta ahora de Mérida, la cual ostenta una evolución interesantísima en la interpretación de la láurea. Finalmente, todos los intereses expuestos se reúnen y concentran en el epigráfico, porque esta reconstrucción proporciona elementos de crítica preciosos para la atribución cronológica de las inscripciones funerarias emeritenses que carecen de fecha.

La forma de las losas sepulcrales emeritenses con epitafio.

Sería de suma importancia para la crítica epigráfica determinar la forma de las piedras de todas las inscripciones sepulcrales que se conservan fragmentadas. Por lo que atañe a las emeritenses de los siglos v al vii, creo haber encontrado datos suficientes para definir la forma de la mayor parte, especialmente después de la reconstrucción de la que doy cuenta en el capítulo anterior. Entre ella y las escasas indicaciones de ROMERO DE CASTILLA (1) podemos suponer que había un tipo de sepulcros abiertos en el suelo, revestidas las paredes de la fosa con muros de ladrillo y argamasa. Se cubrían con una tapa de piedra, enteriza, en cuya cabecera, en relación con la posición del

(1) Ob cit., lugares cit.

cadáver, se grababa el epitafio. Es necesario suponer además que este tipo de sepultura era caro y por tanto de cierto lujo; habría de seguro sepulturas más modestas y algunas otras quizá de mayor categoría. Pero ahora me referiré exclusivamente a las primeras, cuyo tipo representa completo la losa de *Florentia*. Según antes he dicho, tiene poco más de 2 m. de largo, unos 0,60 m. de ancho y un grueso medio de 0,055, dimensiones bastantes para cubrir el hueco normal de una fosa y para no quebrarse con facilidad la piedra, sin necesidad de travesaños de hierro como antaño se usaran para reforzar la delgada cubierta de mármol y evitar su fractura. El letrero grabado en la cabecera, en el sentido de lo ancho, parece indicar que los sepulcros se alzaban muy poco del suelo, pues sólo así podían ser leídos cómodamente los epitafios aún por el costado de las sepulturas (1).

Viniendo ahora a los datos concretos y objetivos e investigando el tema en las inscripciones conservadas, no aparece ninguna losa sepulcral completa, salvo la de *Florentia*; pero con este antecedente, se observan elementos suficientes en el material conocido para formar la serie y determinar su evolución cronológica, en la que creo reconocer los cinco modelos siguientes:

Modelo 1. Representada por la losa de *Bonifatia*, del año 400 al 440 (2). Ignoro su actual paradero; pero a estos efectos es suficiente la reproducción fotográfica que trae FITA en el «Boletín de la Real Academia de la Historia». La piedra midió, según Hübner, 1 m. de alto y 0,50 de ancho. Por lo que se ve en la susodicha reproducción es aproximadamente la mitad de la tapa, de la que falta la parte correspondiente a los pies de la sepultura. La fractura se aprecia muy bien en la fotografía. Los costados aparecen rectos, con algunas rozaduras o mellas el de

(1) Estas conjeturas me parecen lógicas; pero no pueden tomarse por definitivas hasta comprobarlas materialmente. La riqueza de antigüedades que guarda el suelo de Mérida, la moderna vitalidad de la ciudad y su espléndido porvenir hacen esperar que llegará un día en que metódicamente se vayan encontrando las soluciones de tantos problemas científicos que hoy plantea la arqueología emeritense. La gran profundidad de los estratos arqueológicos permite suponer un gran éxito en la investigación del subsuelo.

(2) El epitafio no tiene fecha alguna. FITA (BRAH IX 1886 p. 396) la atribuyó al siglo V. HÜBNER la puso en el VI. VIVES cree que corresponde a la primera mitad del siglo V. Me parece que se puede precisar todavía más, porque los caracteres externos e internos de la inscripción no autorizan a traerla más acá del año 440.



Fig. 1 — Reconstrucción de la losa sepulcral de *Florentia*, del año 465, con los fragmentos de Badajoz y de Madrid. Dibujo del autor. $\frac{1}{13}$ del natural. (V. láms. I y II).



Fig. 2.—Losa sepulcral de *Bonifatia*, del año 400 al 440 Hallada en Mérida Perdida. $\frac{1}{8}$ del natural. Calco sobre la reproducción de Fita.

la izquierda. El lado superior está algo maltratado. En la cabecera se escribió el epitafio en el sentido de lo ancho de la piedra, distribuido en cinco renglones iguales, sin orla ni decoración alguna que los encuadre. Debajo ostenta el crismón con α y ω . La inscripción está algo descentrada hacia la derecha (fig. 2). Esta losa se ha de tener, por ahora, como la más antigua conocida de la serie, y como el prototipo del que derivan las demás. En punto a evolución, es probablemente el modelo más sencillo, correspondiente a las cuatro primeras décadas del siglo v, sobre el cual se hicieron las modificaciones posteriores.

Acaso se ajustaría a este modelo primitivo la losa de *Octavia*, según la gran superficie lisa de la piedra que queda por debajo del letrero. El epitafio es del año 442. Pero nada más hay que pueda justificar esta sospecha que queda en la más absoluta duda.

Modelo 2. El único ejemplar completo es el de *Florentia* (fig. 1 y láms. I y II), y el más antiguo de este grupo, caracterizado por el nuevo estilo de la corona conforme a las particularidades expuestas. No obstante, las innovaciones que introduce en el modelo anterior no alteran sustancialmente el tipo primitivo que señala la losa de *Bonifatia*.

Sigue este segundo modelo la losa de *Valentinus*, fallecido el año 514. Está rota también por la mitad o poco más, faltando la parte de los pies. El epitafio, distribuido en seis renglones, está rodeado por la corona. Debajo de ésta hay un caprichoso enlace de α y ω con el mismo valor decorativo que los círculos combinados del epitafio de *Florentia*. Sus dimensiones actuales son 1,125 m. de alto, o largo, y 0,435 de ancho, por lo que parece que pueden faltar unos 0,90 m. El ancho parece poco para cubrir la sepultura; pero no se aprecian datos por los que pueda inferirse que fué recortada por los lados, como no se hiciera con mucho cuidado en tiempos del Marqués de Monsalud al empotrarla en un pilar del edificio de su palacio de Almendralejo, en donde todavía se conserva.

Otra tercera pieza de este grupo es el fragmento de lápida en el que está grabado el epitafio del diácono *Orbanus*, del año 525 al 533 (1); pero no es este el letrero primitivo de la losa, sino añadido bajo otro anterior como en el caso del de *Marcella*.

(1) El numeral de la era está mutilado, y ha de reconstruirse DLXXI, como mínimo, o DLXXI como máximo. Más detalles en mi tesis doctoral, inédita, *Los epígrafes cristianos latinos de Mérida*, n.º 9. (Madrid, 1948).

Del primer epitafio sólo quedan vestigios de la parte baja de la corona. El ancho de la piedra, de mármol blanco, da 0,56 metros, medida muy aproximada a la de la losa de *Florentia*. Los costados primitivos se conservan bien.

Todavía hay otro ejemplar que ha de ser agrupado con absoluta seguridad en el modelo 2. Es el fragmento de la losa de *Cantonus*, reducido casi exclusivamente a la superficie de la corona. No obstante ofrece datos abundantes y definitivos para considerar esta piedra como del tipo y modelo descritos. Conserva el lado de la cabecera, el costado derecho en toda la altura de la corona y un poco del izquierdo. Hay por tanto un ancho primitivo seguro: 0,57 m. Además, por debajo de la corona, junto a la fractura transversal, quedan los extremos superiores de las letras del primer renglón de un segundo epitafio grabado posteriormente sobre la misma losa. Por la cara posterior ostenta el fragmento un rebajo periférico, a lo largo de los costados y cabecera, el cual serviría para encajarla en el hueco del sepulcro y ajustar mejor la tapa. Finalmente, en lo que queda del canto del costado derecho, de 0,09 m. de grueso, hay una cenefa decorativa de follajes labrados en relieve, detalle relacionado quizá con la mayor calidad social del difunto, aunque no puedo precisar si la cenefa se labró con ocasión del segundo enterramiento o si pertenece al año 517, fecha de la defunción de *Cantonus*. De cualquier forma todos estos datos atestiguan con la mayor claridad cómo fué la losa sepulcral y garantizan la clasificación.

Fuera de los ejemplares referidos quedan fragmentos más o menos grandes y completos de epitafios con coronas, de los cuales sólo algunos conservan la fecha. Queda expuesto que la losa de *Florentia* es la más antigua de la serie de las coronas, año 465; y que la más moderna es la de *Orbanus*, del 525 al 533; pero como voy a probar en seguida este tipo de losa se mantiene durante el siglo vi. Por consiguiente, cabe pensar con fundamento que los aludidos fragmentos grandes y pequeños son todos restos de losas sepulcrales del tipo en cuestión y del modelo segundo. Estos fragmentos son los siguientes:

Fragmento de epitafio con el numeral de la era incompleto; *ERA DXX...*, y restos de corona. Años 482 al 501 (1).

(1) La restitución máxima de este numeral habría de ser DXXXVIII; la mínima DXX. Me ocupó más detenidamente de esta cuestión en *Los epígrafes* n.º 3.

Fragmento de losa con el epitafio completo del diácono *Hippolitus*, enterrado el año 508.

Fragmento de lápida con el epitafio incompleto de *Maria*, fallecida el día 3 de las nonas de febrero de la era *DLVI* (518 de C.).

Fragmento de epitafio, ...*A*/ ...*EI VI*/, con corona, crismón y paloma. Sin fecha. Del año 470 al 510.

Fragmento del epitafio de *Maria*, fallecida a los 27 años. Sin fecha. Del año 510 al 520.

Fragmento de epitafio, de la *ERA D...* Del año 510 al 520.

Fragmento de epitafio griego, del diácono Σαυβ[ατος]. Sin fecha. Del año 510 al 520 (1).

De los ejemplares sólo conocidos por referencias literarias pueden incluirse las losas de los epitafios de *Valeria*, del año 518, y de *Bassilla*, del 566. Y además los siguientes fragmentos sin fecha. El de *Maria*, de hacia los años 515 al 520, según el tipo de la corona y otros caracteres externos; y los de *Aurilius*, ...*RNINUS* y ...*DORUS*, los tres de la primera mitad del siglo vi.

De todo lo cual resulta que la época de la mayor difusión del modelo 2, fué del año 465 al 533 poco más o menos. Es muy raro el ejemplar de *Bassilla*, del 566, cuando ya imperaban otras modas; pero no sabemos como era la corona; por otro lado nada tendría de extraño que el modelo fuera extinguiéndose lentamente, o que por simple capricho se copiase el adorno de una losa antigua.

Modelo 3. Sobre el mismo tipo de losa se abandona el modelo de la corona, los renglones vuelven a escribirse con la misma longitud y el epígrafe se encierra en un rectángulo grabado con rayas sencillas. Alguna vez acompaña al letrero algún adorno o símbolo. Es el modelo de inscripción al que se ajustó el epitafio de *Marcella* en el año 558. Pero otro ejemplar más antiguo es el epígrafe del presbítero [*St*]/*hefanus*, fechado seis años antes, en 552. Otro mucho más moderno, del año 601, es el epitafio de *Fortuna*. Las tres piezas nos enseñan como eran estos rectángulos; pero ni la de [*St*]/*hefanus* ni la de *Fortuna* acreditan

(1) La fecha de este epitafio y de los tres anteriores está deducida del conjunto de los caracteres externos, coincidentes con el tiempo que para ellos se deduce del estilo de las coronas.

por sí que este nuevo estilo fuera una innovación integral del anterior; es decir: que el recuadro sustituyera a la corona. Mas hay afortunadamente un pedazo de losa sepulcral que a su vez contiene dos fragmentos de epitafios distintos, grabados el uno debajo del otro, como en la que motiva este trabajo. En este fragmento de ahora el epitafio superior, el más antiguo, está grabado dentro de un recuadro de líneas sencillas, del que no queda más que el ángulo inferior derecho con un largo segmento de la línea de la base y otro muy corto del lado de la derecha. El vértice del ángulo está ensanchado como si así se hubiera pretendido animar la sequedad de la figura geométrica, al modo como la decoran los anillitos del recuadro de *Marcella* (Lám. III). Del epitafio queda sólo no más que el final de los dos últimos renglones, en los que se lee ... *RIAS ERA* / ... *XXXII*. Las últimas cifras del numeral, el estilo de las letras e incluso el recuadro, hacen posible referir el epígrafe a los años 554, 594 ó 604 (1), fechas que coinciden con las del modelo de losa sepulcral al que ahora me refiero. De consiguiente, puede suponerse que esta losa contenía escrito en la cabecera el primer epitafio dentro del recuadro, puesto que así obliga a pensarlo el hecho del segundo epígrafe. Por tanto, puede admitirse con toda seguridad la existencia de este tercer modelo desde mediados del

(1) Las letras del penúltimo renglón están todas mutiladas, salvo la primera A; pero son seguras. La A de *era* está encajada en la R que le precede. En el último renglón, las equis están enlazadas según la costumbre usada en los numerales cuando intervienen dos o más de estos signos. Aquí las equis están formadas por dos líneas quebradas en tres trazos visibles que cruzados entre sí forman tres equis ciertas, aunque la primera quedó fuera del fragmento al romperse la losa. No es forzoso que el numeral completo fuera DLXXXII (=544), ni DCXXXII (=594) como proponen respectivamente MONSALUD (BRAH XXX. 1897, p. 401) y HÖBNER. Podría ser igualmente DXXXII (= 494), DXXXXII (= 504), DLXXXXII (= 554), DCXXXXII (= 604), DCLXXXII (= 644) y DCLXXXXII (=654). Mas de los años 648 al 662 se conocen epígrafes suficientes y tan próximos cronológicamente unos a otros, que las características de éste obligan a rechazar la hipótesis de los años 644 y 654. Otro tanto ocurre respecto a la hipótesis de los años 494 y 504. Quedan, pues, como posibles los de 544, 554, 594 y 604 fechas que incluyen, con términos muy próximos, las que corresponden a los caracteres externos del fragmento: segunda mitad del siglo VI, por lo que creo que deben preferirse discretamente los años señalados en el texto. Por otra parte, el epitafio más moderno confirma por su fecha, como se expondrá en el capítulo siguiente, que el primer epitafio no puede ser más moderno del año 604.

siglo vi hasta principios del vii. Cabe sin embargo una dificultad: que en la losa últimamente expuesta no fueran dos los epígrafes, sino tres, cosa no inverosímil; pero con los antecedentes que hasta ahora existen no sólo no hay motivo para rechazar la certeza del modelo 3, sino al contrario para aceptarla como la más natural.

Modelo 4. En el año 588 seguía usándose todavía en Mérida el mismo tipo de losa sepulcral, según se demuestra con la lápida del penitente *Saturninus*. Sus dimensiones actuales son 1,23 m. de alto, 0,435 de ancho y 0,055 de grueso, las dos primeras evidentemente reducidas al labrar por el reverso la losa funeraria del presbítero D. Francisco de Borja Bazago, fallecido en 1855 (1). La novedad de este modelo sobre los anteriores estriba en la supresión de todo marco o encuadramiento del epitafio, escrito según costumbre tradicional a lo ancho de la piedra. Sobre el epitafio se puso el crismón con α y ω (Lám. IV). En verdad, no hay novedad alguna, sino una regresión al modelo más viejo. Es muy curioso observar en la epigrafía emeritense que al finalizar el

(1) Esta losa tiene una curiosísima historia que se relaciona con uno de los aspectos del tema de este artículo: el aprovechamiento del material funerario. La losa se encontró en el siglo xvii, y su interesante epitafio mereció un opúsculo del erudito García de Salcedo Coronel. La lápida descubierta pasó a poder del abogado don Juan Pérez Bazago. Estuvo en poder de su familia hasta el año 1855, en cuya fecha se utilizó para labrar por el dorso del epitafio la losa sepulcral de don Francisco de Borja Bazago, presbítero, fallecido aquel año. Con esto quedó oculto el epígrafe del año 588, el cual reapareció después de clausurado el cementerio de Santa María, al desmontar los panteones de los interesados que no se presentaron a hacerlo por su cuenta. Entonces la encontró el concejal don Manuel Gutiérrez y dispuso que se enviara al Museo. Así lo relata PLANO en sus *Ampliaciones a la Historia de Mérida*, Mérida, 1894, p. 36. Incluye aquí en la lámina V una fotografía de la losa del señor Bazago, porque aunque artísticamente no tiene interés alguno no deja de ser una curiosidad propia de este lugar. Ella explicará gráficamente las mutilaciones de la losa antigua y la pérdida de algunas letras del epitafio de *Saturninus*, las cuales vio Salcedo Coronel y que hoy ya no están. Los epígrafes referentes al clérigo Bazago dicen así: en el sarcófago que se representa debajo de la figura del sacerdote que está celebrando la Santa Misa. R I. P.; en el epitafio, AQUÍ YACE EL PRO. D. FRANCISCO / DE BORJA BAZAGO Y MONTENEGRO. / NACIO EL DIA 7 DE OCTUBRE DE 1780 / Y MURIO EL 26 DE SEPTIEMBRE DE / 1855 A LOS 75 AÑOS DE EDAD // SU HERMANA D^ª FERNANDA / BAZAGO DE MELGARES E HIJOS / EN PRUEVA DE AMOR Y GRATITUD / DEDICAN A SU MEMORIA / ESTE TRISTE RECUERDO.

siglo VI se vuelve a los modos y estilos del V, lo que en pleno siglo VII es, por lo visto, la norma del buen gusto. En casi todos los caracteres externos se advierte ese renacimiento. Podría pensarse, por lo que afecta a la losa, que el modelo hubiera estado en uso constante desde la primera mitad de la quinta centuria; pero no deja de ser muy significativo el hecho de que sólo hasta la segunda mitad del VI, y ya muy tarde, desde la primera mitad del V no se conozca otro ejemplar que éste y dos fragmentos, los cuales ofrecen algunas dudas respecto a la pura observancia del tipo y del modelo.

Uno es el de *Arestula*, cuyo epitafio está labrado en la cara superior de una pieza arquitectónica, cimacio o plinto de pilastra o de media columna según parece por su moldura, labrada en el frente con 0,54 m. de ancho, y 0,065 de alto, y doblada por cada costado en una longitud de 0,45 m.; el tizón se prolonga actualmente en 0,38 m. más, lo que da a la piedra una longitud total de 0,83 m. El epígrafe está distribuido en seis renglones, a lo ancho y en lo alto de la piedra, ocupando algo más de los dos tercios de ella; los cinco primeros son de igual longitud; el sexto, que contiene sólo el numeral de la era, es mucho más corto y está puesto en el centro, como en el epitafio de *Saturninus*, lo cual es indicio seguro de ser ambos de un mismo estilo. Sobre el letrero, a lo ancho y junto al borde de la piedra, corre un baquetón cuyo modelado se hizo rehundiéndolo en la superficie. Debajo del epitafio queda la piedra lisa, cortada oblicuamente por una fractura que va desde el costado izquierdo, a la altura del quinto renglón, hasta cerca del esquinazo inferior derecho, el cual también presenta golpes y rozaduras que no permiten garantizar que la longitud actual de la piedra sea la primitiva. En la parte más baja de la cara de la inscripción hay un signo, grabado como letra, que ignoro qué puede ser y significar. La piedra fué encontrada sobre una sepultura, en el área de la necrópolis, según el testimonio de FERNÁNDEZ PÉREZ, de donde resulta seguro que la pieza arquitectónica es anterior a la inscripción. Por consiguiente la losa no era una piedra como las de esta serie, porque es absurdo atribuir al tizón de la piedra arquitectónica una longitud de unos 2 metros. De todas maneras el estilo del epígrafe lo agrupa con el de *Saturninus*.

La otra pieza es un fragmento de epitafio en un pedazo de lápida que conserva buena parte de los costados, con un ancho

de 0,58 m. Del epitafio quedan los dos últimos renglones con la fecha en la *ERA DCXAS* (578 de C.) (1). Parece que el letrero estaba grabado como los anteriores; pero por debajo de él y al costado derecho corren unos baquetones como el indicado en la lápida anterior. Mas falta tanto por uno y otro lado que no creo prudente formar juicio definitivo sobre la inclusión de este fragmento en un grupo determinado, aunque tiene el aspecto de haber pertenecido a una gran losa sepulcral del tipo que aquí me ocupa.

Posterior a la losa de *Saturninus* es la de *Fortuna*, del año 601. Ya antes he aludido a ella como perteneciente al grupo del modelo 3. Pero el epitafio está repetido por la cara opuesta, sin recuadro que lo enmarque y sin crismón ni palomas, sino escrito en siete renglones de igual longitud y sin guarnición alguna. Este contraste, unido al que ofrecen los demás caracteres externos de los epitafios en cada una de las caras de la piedra, me ha inclinado a sospechar que el epígrafe del rectángulo se grabó primero, y que acaso por su carácter anticuado no satisfizo a los familiares de la difunta y se grabó entonces el otro con un estilo más moderno. De todos modos queda la cuestión muy incierta, a mi juicio, y de explicación muy difícil; pero estando ambos epígrafes grabados exactamente el uno por el reverso del otro cabe pensar que los dos estaban en la cabecera de una losa del tipo de la de *Florentia*, según el modelo 3 por una cara y según el modelo 4 por la otra.

Modelo 5 (?). Hasta el año 601 se puede seguir muy bien la evolución continua de los epígrafes cristianos emeritenses en todos sus aspectos. Pero la serie se corta bruscamente entonces y ya no se conocen ejemplares fechados hasta el año 648, interrumpiéndose nuevamente la cronología del 662 en adelante. Al año 648 corresponde un fragmento de epitafio *métrico* grabado en una losa de forma irregular que no tiene nada que ver con la serie que aquí expongo. Luego sigue el de *Iohannes*, del 657, del que no cabe otra cosa que presumir si se grabó en una losa según el modelo 4. Y finalmente el de *Quinigia*, del 662, el cual está distribuido en diez renglones de longitud desigual, pero comienzan todos en la misma línea marginal. Fuera del texto, a la altura del renglón primero está grabada una cruz. La lápida

(1) Véase la nota 1 de la p. 106. Es uno de los tres epígrafes allí aludidos.

es actualmente una losa de 0,81 m. de alto o largo, 0,45 de ancho y 0,05 de grueso. No hay manera de saber si la losa fué de mayor longitud. A estos efectos es muy sospechosa la historia de la piedra después de su descubrimiento, porque encontrada en 1718 por D. Francisco Atienza en la casa número 5 de la calle de San Salvador, se puso en la pared del edificio al ser reedificada la finca en 1738 (1). Fuera de una erosión o roce profundo en el costado derecho, a la altura de los renglones seis y siete, todos los lados de la piedra están tan recortados y tan escuadrados los ángulos, que parece que hubieron de ser igualados en 1738 al aprovechar la piedra para conmemorar la fecha de su hallazgo y la reedificación de la casa en que apareció. Pero la invención de la piedra dentro de la ciudad obliga también a pensar que fué recogida en el cementerio y aplicada a otra utilidad antes de 1738. Quedan pues inciertas las dimensiones primitivas de la losa; pero sus proporciones las delata el mismo epitafio, que parece ajustado cuidadosamente a una superficie rectangular muy alargada. La distribución del texto y su organización pide un gran espacio liso por debajo del último renglón, y a poco que se le quiera dar nos acercamos en seguida a las proporciones de la losa típica. Mas dejando esta cuestión en simple conjetura, la misma distribución del texto acusa una novedad sobre lo antes acostumbrado, por lo que el epígrafe puede proponerse, por sí mismo, como un nuevo modelo de la serie, si bien no puede garantizarse que el tipo de la losa fuera el correspondiente a aquella. (Lám. VI).

En resumen, estos cinco modelos de losas sepulcrales se irían imponiendo en las costumbres funerarias por el orden siguiente. En la primera mitad del siglo v se estilaría el modelo 1. Las coronas del modelo 2 se introducirían entrada ya la segunda mitad de aquella centuria. Con una evidente evolución artística, de la que luego me ocuparé, se mantuvieron en uso, según los datos conocidos, en las tres primeras décadas del siglo vi, a juzgar por el carácter decadente del último ejemplar llegado a

(1) Estos datos constan en las inscripciones modernas que con tal motivo se añadieron encima y debajo del epígrafe antiguo. La inscripción de la parte superior dice: ESTA PIRA. SE ALLO EL AO. / DE 1718 POR DN. FCO. ANTO. DE / ATZA. La de abajo, REDIFICOSE AO. DE 1738. Las dos inscripciones son de la época de la reedificación y están labradas por la misma mano.

nosotros. No sería improbable que esporádicamente persistiera la costumbre de adornar el epitafio con la corona, según la fecha que dan al ejemplar de *Bassilla*. Pero ya a mediados del siglo vi se había impuesto un nuevo estilo: el del rectángulo, modelo 3, que pudo durar hasta principios del vii. En la segunda mitad de la centuria sexta se puso en boga el modelo 4, el cual, en pleno siglo vii encontramos ligeramente transformado en el supuesto modelo 5.

El estado de conservación de las demás lápidas con inscripciones funerarias nada permite deducir por el momento acerca de las formas que tuvieran. Pero ha de suponerse, como antes he dicho, que el tipo de lápida sepulcral estaría en relación con la condición social del difunto, y si parece haber una serie correspondiente a personas de calidad, como la estudiada aquí, forzosamente ha de haber otra de menos categoría de la que pueden existir algunos ejemplares entre los conocidos. A juzgar un poco por las apariencias, hay algunos, muy fragmentados, de lápidas delgadas y letras diminutas. Estas lápidas habían de ser de mucho menos precio, ya que por su grueso no podían ser de gran superficie; otra economía representa la menor cantidad de mano de obra en la ejecución del epígrafe. De consiguiente estas losetas no podían cubrir grandes sepulturas y habían de responder a un tipo de enterramiento más modesto. Sirva de ejemplo la lápida de *Proiectus*, que por sus caracteres es de fines del siglo iv o de principios del v. Su grueso es de 15 milímetros, que no admitiría para la piedra una superficie mucho mayor de la que hoy tiene: 0,32 por 0,46 m. Por los lados que se conservan se puede calcular que era un rectángulo apaisado, o a lo sumo un cuadrado aproximadamente. El epitafio, completo, está escrito con letras de 15 a 22 milímetros de alto. Otro ejemplar más moderno, de un par de siglos después aproximadamente, es la lápida de un hebreo, cuyo epitafio, incompleto, comienza ...*IA FAMULUS*. Está rota en dos pedazos y faltan fragmentos. Sus dimensiones actuales son 0,23 m. de alto, 0,23 de ancho y 0,02 de grueso. La hoja de mármol sería poco más grande de aquellas dos primeras medidas. El epígrafe no tenía más de siete renglones y las letras son de un alto medio de 18 milímetros.

Y ya no me es posible apurar más el tema. Si la cuestión no queda resuelta, a lo menos está propuesta y orientada, y sucesivas investigaciones pueden proporcionar mejores y más

definitivos resultados. Creo que estudiados los epígrafes de baja época desde este punto de vista pueden dar a la historia mucha más luz de la que puede obtenerse con el exclusivo estudio de su contenido interno. El capítulo siguiente demostrará esta tesis.

Losas sepulcrales con dos epitafios.

No son más que cuatro entre la cincuentena de lápidas funerarias emeritenses del siglo v al vii inventariadas hasta ahora (1). La proporción no es mucha para probar una costumbre: la del aprovechamiento de las sepulturas. Pero si se piensa en la gran extensión del área de la necrópolis de la antigua Mérida y en la superposición de sus estratos, según los hallazgos que he tenido ocasión de ver y a tenor de las referencias bibliográficas y verbales, ha de suponerse que la densidad de la población era extraordinaria. De consiguiente, conocer y poseer solamente cerca de medio centenar de lápidas con epitafio es disponer de una proporción muy exigua de datos en relación con la enorme cantidad de enterramientos, aún circunscritos éstos solamente a las tres centurias a que me refiero. Pero ello no significa, sin embargo, que cada sepultura hubiera de darnos un epitafio. Antes al contrario, creo que el epitafio grabado sobre una lápida, cualquiera que fuera la forma y dimensiones de ésta, debía ser un lujo que no todos los ciudadanos podrían permitirse, y que aún dentro de ese lujo habría una graduación según lo apunto en el capítulo anterior. Mas si

(1) En el Museo de Mérida hay un fragmento de lápida que a su vez contiene otros dos epitafios griegos, pero grabados uno en cada lado de la piedra. Los restos de los epitafios dan muy poca cosa por su pequeñez. Antes de utilizarlos es preciso estudiarlos bien, precisamente por la susodicha razón. Por lo cual, y por no responder al tipo de losa del que aquí me ocupó, prescindo de ellos en este lugar. No obstante cabe presumir que se trata de los fragmentos de dos epitafios correspondientes a dos difuntos; pues el grabado del uno parece mucho más moderno que el del otro. Sin embargo, todo hay que tomarlo con gran precaución, pues no sería nuevo el caso de un mismo epitafio repetido con caracteres de distinto tiempo en cada una de las caras de la lápida. Recuérdese el caso de la losa de *Fortuna*. En estas condiciones, sólo más adelante incluiré aquí esta pieza al ocuparme de las coronas, por la que tiene adornando uno de los letreros, el que precisamente parece más antiguo y de la primera mitad del siglo vi.

ese medio centenar de epitafios sirve para deducir algunas consecuencias de carácter general en el orden epigráfico, en el arqueológico y el artístico, la reducísima proporción de los cuatro ejemplares de que me voy a ocupar aquí, tampoco es escasa para atisbar, al menos, datos de gran interés histórico.

Los cuatro ejemplares son:

1.º La losa de *Florentia*, en cuyos dos epitafios consta, como queda expuesto, que esta joven falleció de 25 años el día 14 de marzo de 465; y que *Marcella*, murió a los 35, poco más o menos, en 28 de junio de 558.

2.º La losa de *Orbanus*, diácono, cuyo epitafio nos refiere que murió de 75 años un día 7 de agosto entre el año 525 y el 533. Del otro epitafio, anterior, grabado en la misma piedra no quedan más que rastros de una parte insignificante de la láurea que lo adornaba, cuyo estilo, de fines del siglo v o principios del vi, permite fijar el espacio de unos treinta años entre la defunción del interesado y la de *Orbanus*.

3.º La losa de *Cantonus*, muerto también de mucha edad, 87 años, el 22 de diciembre de 515. Su epitafio fué el primero de los dos que se grabaron en la misma losa. De la segunda inscripción no quedan sino vestigios de las letras finales del primer renglón; pero las huellas restantes acreditan un grabado del siglo vi al vii y un epígrafe, sin rectángulo ni corona, que debió ser semejante al del modelo 4 referido en el capítulo anterior. Su prototipo es hoy la losa de *Saturninus*, del 588, o si se prefiere, como epígrafe solamente, el de *Arestula*, del 559.

4.º El fragmento señalado como típico del modelo 3, de cuyos dos epitafios, el más antiguo puede ser fechado en los años 554, 594 ó 604. El más moderno puede atribuirse por sus características externas a mediados del siglo vii.

Los epitafios de estas losas, según la costumbre tradicional, no dan más detalles que la edad de los difuntos al morir y la fecha por el día del mes y el año de la Era. Nada hay en ellos que haga relación con el hecho del enterramiento, y mucho menos alusión a las circunstancias que motivaron el grabado de los dos epitafios en la misma losa. De consiguiente, ha de suponerse sencillamente que los dos epitafios repondían a dos inhumaciones en la misma sepultura. El caso no es nuevo ni extraño. No creo lógico pensar que se aprovechara la tapa de un sepulcro, ya utilizado, para cubrir de nuevo otra sepultura.

Dos observaciones se deducen, pues, de lo expuesto. La primera, que las distancias temporales mínimas entre dos enterramientos en una misma sepultura son de treinta años, o más, en el sepulcro de *Orbanus*; de unos cuarenta en el *Cantonus*; de otros tantos en el del ejemplar último; y de noventa y tres en el de *Florentia*. La otra, que la repetición de inhumaciones en una misma sepultura se practicaba desde los años 525 al 533 hasta mediados del siglo VII, según los datos conocidos, por donde se puede suponer que era una costumbre normal durante las centurias sexta y séptima.

Lo que es difícil conjeturar es la razón de la repetición de los enterramientos en el mismo sepulcro. De las cuatro losas referidas sólo la de *Florentia* y *Marcella* pueden quizá ilustrar un poco la cuestión. Florencia murió de 25 años el 465; Marcela de unos 35 el 558. Por tanto, Marcela nació más o menos 58 años después de muerta Florencia. Ninguna razón íntima podía existir para reposar sus restos mortales en una sepultura común. Podía haber habido una relación de parentesco; pero parece demasiado violento admitirla al cabo de los 93 años que mediaron entre las defunciones de las dos. Acaso es más sencillo proponer llanamente una razón económica de aprovechamiento de sepulturas. Los otros tres casos dejan la cuestión en la mayor incertidumbre por falta de datos en los respectivos epígrafes. Mas a juzgar por el ejemplar de *Florentia* habremos de atenernos a la misma conjetura: un aprovechamiento de los sepulcros, con independencia de la relación que pudo ligar en vida a los difuntos. Mas ésta se atisba tan incierta y tan débil, que el aprovechamiento más parece ser una necesidad de carácter general que obedecer a razones de índole particular y familiar.

Fuera de Mérida, de la época a que me refiero, se conocen dos lápidas con dos epitafios cada una. La más antigua es extremeña y se conserva en el Museo Arqueológico de Badajoz; sus epitafios se refieren a *Nico* y *Acelleus*. Que los dos estuvieron enterrados en la misma sepultura se desprende del hecho de haberse conservado tres losas sacadas de un ara o cipo romano, en una de las cuales estaban grabados los epitafios, que con algunas más, quizá, sirvieron para la construcción del sepulcro. Pero el epitafio de *Nico*, que murió el año 518, precede al de *Aceleo*, fallecido catorce años antes, en 504, de lo que resulta evidente, sin que tampoco aludan a ello los letreros, que *Nico*

dispuso ser enterrado en la misma sepultura de Aceleo, o bien que los restos de Aceleo se unieran a los suyos en un nuevo enterramiento. Si a ésto se añaden los datos biográficos, que prueban la coincidencia de la vida de los interesados durante toda la de Aceleus, cabe presumir que una razón familiar, o al menos de nacionalidad común, justificaría el compartir la misma sepultura.

La otra lápida aludida es una cordobesa, la que contiene los epitafios de *Calamarius* y de *Acantia*. En esta losa es más convincente todavía el enterramiento común. Ella murió el año 596 a los 23 y medio de edad. Fué sepultada y se grabó su epitafio en la piedra. Calamario falleció de 50 años el 608, y cuando lo enterraron dieron la vuelta a la piedra donde estaba el epitafio de Acancia y grabaron en su reverso el de Calamario, repitiendo debajo el de aquélla para que no quedase oculto. El hecho y el orden son los mismos que se advierten en la piedra de Nico y obedecen indudablemente a las mismas razones, quizá exclusivamente familiares en este segundo caso. Por otra parte, la distancia geográfica y la diferencia de tiempo prueban, a mi juicio, que éstos no fueron hechos insólitos y aislados, aunque hoy no conozcamos más testimonios, y por consiguiente acreditan usos y costumbres constantes dentro de un amplio territorio.

Mas todo ello es completamente diferente de cuanto se observa en la losa de *Florentia* y *Marcella*, cuyas vidas estuvieron separadas por más de medio siglo «plus minus». Y esta losa sirve para sospechar que los casos de *Orbanus*, de *Cantonus* y de los difuntos a los que se referían los epitafios del cuarto ejemplar fueron semejantes. De todos modos faltan datos para llegar a conclusiones seguras; pero no así en lo que concierne a los enterramientos de *Florentia* y de *Marcella*, cuyas noticias biográficas son concretas. A la losa de su sepulcro se asemejan las otras tres, y todas son diferentes de las lápidas anotadas de Córdoba y Extremadura. Es lógico, pues, suponer, por los indicios, un aprovechamiento sistemático de sepulturas en el cementerio emeritense durante los siglos VI al VII, debido quizá a la escasez del área de la necrópolis en relación con la densidad de la población; y acaso también en una ordenación de ese aprovechamiento que determinara el tiempo mínimo que había de transcurrir entre uno y otro enterramiento y regulara el régimen de propiedad o posesión de los sepulcros.

Quede la cuestión solo planteada. A pesar de todo, los datos son pocos y débiles. Sólo los indicios no son suficientes para resolver; pero sí para proponer este nuevo tema que ofrece a la investigación la epigrafía cristiana de Mérida. Conocer la organización de los cementerios en su aspecto administrativo y jurídico sería conocer un capítulo interesantísimo de la historia de la ciudad. Muy indirectos son los testimonios; pero son fuentes de primera mano y aumentando las observaciones creo que puede llegarse a resultados muy satisfactorios (1).

Como conclusión, me limito a subrayar el interés de los caracteres externos de los epígrafes y, concretamente, la importancia de la reconstrucción de la losa de *Florentia*, sin la cual no hubiera atisbado quizá la existencia de la cuestión, al menos con la amplitud que abarca según parece.

Las coronas de los epitafios emeritenses.

La costumbre o estilo epigráfico de adornar los epitafios grabándolos dentro de una corona es, hasta ahora, típica de las lápidas sepulcrales de Mérida durante los siglos v al vi. Los ejemplares hoy conocidos y existentes son trece. Por noticias literarias sabemos de hasta seis más, aunque la vaguedad de las noticias, salvo algunas excepciones, no permite aprovecharlos aquí. Fuera de Mérida, pero dentro de la antigua Lusitania, o en sus inmediaciones, se conocen otros ejemplares más, aunque son siempre esporádicos y excepcionales. En Portugal hay uno de Mértola, caso extraordinario dentro del estilo epigráfico de

(1) Capítulos o párrafos enteros de la vida antigua se han escrito deducidos de los más humildes ajuares sepulcrales, sin testimonio escrito alguno. Si científicamente ha sido admitido y reconocido como eficaz este método, que intuye la vida de los pueblos a través del contenido de sus sepulturas, es porque al fin y a la postre el instante supremo de la muerte es la proyección de toda la vida. No puede producir, pues, extrañeza que de los epígrafes funerarios, cuando son tan lacónicos como los de la época a que me refiero, puedan deducirse más consecuencias que las elementales biografías de los difuntos o exclusivos datos cronológicos. La cuestión está en saber extraer esa sustancia histórica de interés general. No quiero presumir de hacerlo yo. Únicamente quiero justificar estos apuntamientos.

la ciudad, otro de Chellas y un tercero, de procedencia desconocida, en el Museo etnológico de Lisboa. Otros dos son extremeños, uno en el museo de Badajoz y otro de Zafra, éste perdido (1).

Entre los trece epígrafes emeritenses seis están fechados. Son:

- 1.º El epitafio de *Florentia*, del año 465.
- 2.º Un fragmento de otro, de la *ERA DXX...*, que ha de corresponder a los años 482 al 501.
- 3.º El epitafio de *Hippolitus*, del 508.
- 4.º El de *Valentinus*, del 514.
- 5.º El de *Cantonus*, del 517.

(1) HÖBNER (357a) trae otro ejemplar tomado de MARTÍNEZ (*Inscripciones romanas de Burguillos*. «Bol. R. A. H.. XXXII, 1898, p. 189). Pero las noticias de este autor son concluyentes para desecharlo de la serie. Dice que la piedra es «como de 0,60 m. de ancho, 0,50 de alto y otro tanto de grueso», y «que tiene la cara inferior un poco mayor que la superior». Añade que «debe ser base de estatua, pues en esta cara superior tiene un taladro cuadrado, como para embutir en él la peana. De frente presenta en forma circular una *corona de alto relieve*, tan gastada en su dibujo, que no he podido apreciar los detalles de su follaje. Más estragada está la inscripción que está dentro de la corona, hasta el punto de no atreverme a estampar letra alguna.. Sospecho que sea visigótica, por la semejanza de la corona a la que puso el Padre Flórez en el tomo XIII de su *España Sagrada*, de la emeritense Valeria». No sabemos como era la corona de Valeria, pues el dibujo que repiten los editores da un tipo de corona interpretado libremente por el dibujante, sin relación alguna con todo lo conocido emeritense; pero no podía apartarse de lo corriente en la ciudad, que no tiene que ver con una corona en alto relieve, de época pagana indudablemente, pues conocemos cuanto se usaron coronas y guirnaldas relevadas en las aras, cipos y pedestales. El modelado en alto relieve es ajeno al estilo cristiano de las centurias a que me refiero. Las dimensiones de la piedra y su descripción coinciden con un monumento pagano, pero no con una lápida de sepultura cristiana.

La piedra estaba todavía en las inmediaciones de la derruida ermita de San Vicente en junio de 1948. Allí la vió por encargo mío mi buen amigo y distinguido erudito de Oliva de la Frontera, don José González Pellecín, profundo conocedor de la comarca. Me comunicó noticias coincidentes con la de MARTÍNEZ; pero lo que este autor llama taladro mi amigo dice «pila de unos cinco centímetros de profundidad». Esto me hace pensar si se trata de algún monumento romano aprovechado para altar cristiano, como tantos casos conocidos, y como lo he encontrado también en una piedra pagana de Mérida, en el Museo, publicada sin hacer mención de esta curiosa e interesantísima particularidad que pienso dar a conocer y que tengo incluida en mi tesis doctoral (*Los epígrafes*, n.º 46).

6.º El de *María*, del 518.

7.º El de *Orbanus*, del 525 al 533.

Segun estos epitafios el adorno de la corona (1) estuvo en uso durante unos sesenta y cinco años. No es extraño, pues, que un elemento decorativo de tan larga duración evolucionara degenerando paulatinamente hasta el extremo de que el ejemplar de *Orbanus* no se parezca en nada al de *Florentia*. La degeneración es lógica ya que el motivo ornamental no admitía variaciones en un arte puramente industrial, en el que los escultores se contentaban con copiar el modelo simplificando su ejecución cada vez más. Sin embargo, en el año 518, la corona del epitafio de *María* rompe con el modelo tradicional y crea un nuevo tipo que parece repetirse en Mérida y fuera de la ciudad; pero este nuevo modelo es precisamente la huída de la ejecución clásica de la corona, acudiendo al geometrismo que daba mayor simplicidad al trabajo, coincidiendo esta nueva tendencia con el período decadente de la láurea tradicional.

Quedan así definidos dos modelos de coronas. El que pudiera llamarse de tipo naturalista, cuyo ejemplar más antiguo es el de *Florentia*, y el de tipo geométrico, representado en el epitafio de *María*.

La corona del primer modelo va descrita en el primer capítulo. Su evolución no afecta a la estructura u organización

(1) FITA («Bol. R. A. H.», LXIV, 1914, 312) cree ver en la corona una alusión al texto de San Pablo (2 Timoteo, II, 5) «nam et qui certat in agone, non coronatur nisi legitime certaverit». Sin negar la posibilidad de tal alusión creo prematuro aceptarla indiscutiblemente. Más adelante intentaré explicar mi preferencia por la hipótesis de un simple adorno, o a lo sumo por un adorno simbólico procedente del crismón sin relación con el texto de San Pablo. (Véase p. 138, y n. 1, p. 141). En relación con la hipótesis del P. FITA sería interesante averiguar si hay alguna remota conexión entre las coronas de los epitafios emeritenses y las que se labraban en las inscripciones griegas por los agraciados con la corona como premio o como honor, dentro de las cuales se inscribían los nombres de los interesados o el motivo de su concesión. El cristiano podía considerar su triunfo en la muerte que le abría las puertas del Cielo después de su vida conforme a la doctrina de Cristo. Podía, pues, hacer labrar su epitafio dentro de una corona. Esta investigación sería de un gran interés histórico. Pero antes de hacerla no creo deban presumirse conclusiones que pueden atisbarse como de gran importancia. Para ilustrar más esta cuestión conviene tener presente la costumbre griega de coronar a los muertos, grabando la corona con la dedicatoria en los monumentos funerarios. En Esmirna este uso fué muy frecuente (V. Th. REINACH: *Traité d'epigraphie grecque*. París, 1886 p. 380).

de la láurea, la cual mantiene siempre las tres series concéntricas de trazos representativos del follaje (figs. 1 y 3,1), sino a la ejecución de los mismos trazos. En el año 465 están grabados primorosamente a dos biseles con gran delicadeza y exquisita sensibilidad. El perfil tiene forma lanceolada, prolongadas las puntas con unos finísimos trazos más o menos largos y ondulados para lograr el efecto del follaje (fig. 3,1), efecto al que contribuye también el virtuosismo del escultor. En los años 482 al 501 los trazos conservaron el perfil lanceolado; pero sólo se alarga en punta agudísima uno de los extremos (fig. 3,2), prolongación que ya no se encuentra en el año 508, en el que los trazos son simplemente lanceolados (fig. 3,3). En el año 514 los trazos dejan de ser foliformes o lanceolados, para convertirse en unos trazos rectos, rematados en punta aguda por uno de sus extremos y abiertos toscamente con el cincel, sin preocupación alguna de modelado ni de obtener la impresión del follaje con los efectos de la luz en los biseles (fig. 3,4). En la corona de *Cantonus*, del 517, encontramos una interpretación ecléctica del follaje; es difícil precisar la forma del perfil de los trazos, porque todos son desiguales; aunque pueden reducirse a las dos formas que doy en el dibujo de la fig. 3,5. Sustancialmente son como los de la corona de *Valentinus*; pero los de la mitad superior tienden a terminar en punta por los extremos y a dar forma convexa a sus lados, tendiendo a la imitación de los trazos antiguos, más sin saberlo hacer; los de la mitad inferior, en cambio, son como los de *Valentinus*, aunque de ejecución todavía menos esmerada. Parece como si la mitad superior se hubiera querido grabar con mayor cuidado y que cansado el artista de la atención al trabajo, esculpiera el resto con absoluta despreocupación. Finalmente, en la corona de *Orbanus* del 525 al 533, se simplifican todas las dificultades reduciendo la interpretación del follaje a simples trazos alargados y delgados, más o menos curvos, que dan idea de la láurea por conservar únicamente su organización en tres círculos concéntricos y su agrupación de tres en tres (fig. 3,6). Creo, pues, que el proceso de degeneración explicado es evidente y que sus fechas no sólo no lo alteran sino que lo acreditan.

No es ya tan fácil determinar si en la disposición de las ramas que componen las coronas hay también una efectiva evolución. En el ejemplar del año 465 la corona está formada por dos ramas descendentes del extremo superior del diámetro

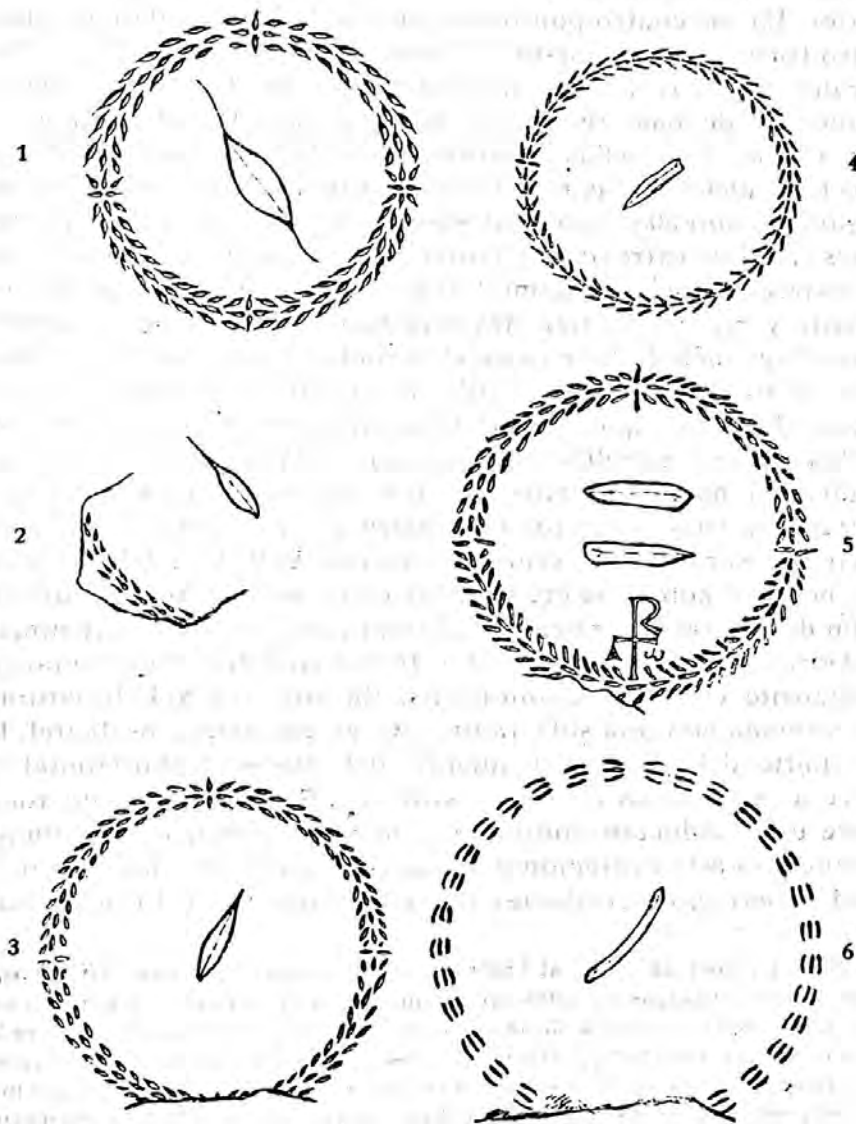


Fig. 3.—1. Corona del epitafio de *Florentia*, del año 465. 2. Corona del fragmento de la *Era DXX...*, años 482 al 501. 3. Corona del epitafio de *Hippolitus*, del año 508. 4. Corona del de *Valentinus*, del 514. 5. Corona del de *Cantonus*, del 517. 6. Corona del de *Orbanus*, del 525 al 533. $\frac{1}{11,5}$ del natural. En el centro de las coronas el perfil de los trazos que las forman. $\frac{1}{2}$ del natural. Dibujos del autor.

vertical, según la dirección del follaje, y reunidas en el extremo inferior. En los cuatro puntos cardinales de la circunferencia hay cuatro trazos en cruz, arriba y abajo, y ocho en estrella, en los laterales (fig. 3, 1). Estos trazos difieren de los demás en el perfil, porque son de base redonda y punta aguda. Por consiguiente, estas cruces y estrellas no interpretan follaje, sino quizá los lazos que sujetaban las ramas de la corona (1). En la corona de *Hippolitus*, año 508, las ramas son cuatro, descendentes y ascendentes de los extremos del diámetro vertical, y reunidas en los extremos del horizontal (fig. 3, 3). Esta disposición es evidente y representa una novedad sobre el ejemplar anterior, novedad que debió darse ya en el ejemplar de los años 482 al 501, según el fragmento restante (fig. 3, 2), en cuyo caso hay que llevarla al mismo siglo v. Adviértese en la corona de *Hippolitus* que las cruces y estrellas del ejemplar de *Florentia* han desaparecido aquí para convertirse en dos trazos en línea recta que marcan los cuatro puntos cardinales de la corona. Sería muy difícil precisar que haya cruces como dijo el P. FITA (2); en todo caso podrían admitirse cruces y estrellas, pero la forma y disposición de los trazos no permiten garantizarlo como en el ejemplar anterior; lo único seguro son los trazos en línea recta como en la siguiente corona de *Valentinus*. En esta, del 514, la corona está formada con una sola rama, que ya no parece de laurel, la cual parte del extremo izquierdo del diámetro horizontal y vuelve a juntarse en el mismo sitio (fig. 3, 4). Hasta aquí todo parece una evolución continuada; mas la corona de *Cantonus* desconcierta esta evolución con sus tres ramas, dos formando la mitad superior, descendentes por cada lado hasta los extremos

(1) FITA (lugar cit.) dice al hablar de la corona del epítafio de *Hippolitus* que en ella se «distinguen sendas cruces, marcadas en las extremidades de los dos ejes, horizontal y vertical de la corona». Ya se verá en seguida como es la corona de *Hippolitus*; pero el término cruces ha de aceptarse con precaución. Las de *Hippolitus* son en todo caso una copia o continuidad del modelo que por ahora representa la de *Florentia*, y no hay cruces sino trazos puestos en cruz como forma geométrica, no como símbolo cristiano, y los hay además en estrella. No puede admitirse tomar como cruz simbólica el cruce eventual de cualesquiera elementos que responden a la interpretación del natural y están puestos en lugares secundarios. No veo razón para atribuir a estas cruces y estrellas un significado distinto del que aquí les doy, o al menos para interpretarlas como símbolos.

(2) Véase la nota precedente.

del diámetro horizontal; la tercera forma ella sola toda la mitad inferior, saliendo del extremo derecho del diámetro horizontal hasta el izquierdo, donde se reúne con la descendente de aquel lado (fig. 3, 5). Vuelve a parecer esta corona como una vacilación en el proceso evolutivo, como si hubiera pretendido seguir los modelos antiguos que quisiera restaurar y se decidiera al fin por el más reciente de *Valentinus*. En cuanto a las cruces o estrellas, aquí han desaparecido y quedan sólo dos trazos en línea recta como antes he señalado en la corona de *Hippolitus*. La corona de *Orbanus*, del 525 al 533, vuelve a estar hecha como la de *Florentia*, con dos ramas descendentes por cada lado (fig. 3, 6); pero no marca lazos algunos en los puntos cardinales, es decir, no hay trazos en cruz, ni en estrellas, ni en línea recta como en los ejemplares anteriores.

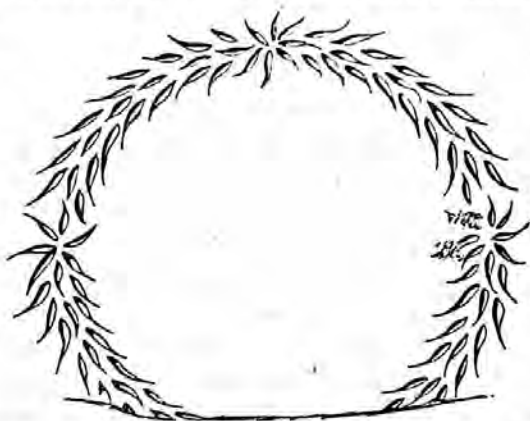


Fig 4.—Corona del epitafio de *Orania*, de Mértola (Portugal), del año 508. $\frac{1}{4}$ del natural aproximadamente. Dibujo del autor.

Los ejemplares sin fecha, todos fragmentados, no alteran el proceso evolutivo expuesto ni ofrecen novedad alguna; en cambio quedan bien fechados dentro de las etapas establecidas. El fragmento ...A/ ...EI VI/ ... y los restos de la corona antigua de la losa de *Orbanus* se atribuyen sin dificultad a fines del siglo v o principios del vi; los fragmentos de *Maria* y de la *ERA D...* hacia el 510; y el griego de $\Sigma\alpha\nu\beta[\alpha\tau\iota\omicron\varsigma]$ hacia el 520. Estas atribuciones las garantizan, por otra parte, los demás caracteres de las inscripciones.

De fuera de Mérida, pertenece al modelo de corona naturalista la del epitafio mirtilense de *Orania*, fechado en 508 (1). Es

(1) La fecha por la era está escrita así: *DXLAS*, con enlace de $XL = 40$. Por lo demás, véase la nota 1 de la p. 106. Es una de las otras dos inscripciones aludidas en ella.

una de las tantas singularidades que reúne este ejemplar portugués, el cual, por la láurea, es extraño en Mértola y se enlaza al estilo emeritense (1). Sin embargo, la interpretación es de un arte diferente y resulta un conjunto menos rígido que los modelos de Mérida, con un estilo más suelto y libre. Esta diferencia conviene subrayarla por cuanto el adorno por sí mismo parece establecer una relación entre los talleres lapidarios de una y otra ciudad. Tampoco resultará ocioso llamar la atención sobre la ausencia de cruces y la presencia en cambio de estrellas, en los puntos cardinales de la circunferencia; pero los trazos que las forman no difieren de los que representan el follaje (fig. 4).

Acaso podría haber pertenecido a la misma serie la lápida de Zafra, del año 516, cuyo epitafio, de ¿...? (2), estaba guarnecido por una corona *de laurel* según expresión literal de Xaraquemada, quien vió el letrero y remitió copia a la R. Academia de la Historia; parece según dicha expresión que quiso referirse a una corona de tipo naturalista. Por la fecha del epitafio es muy verosímil y ello no trastorna la cronología resultante de los ejemplares antes expuestos.

De las coronas emeritenses consignadas sólo en noticias literarias poco puede aprovecharse en este trabajo, salvo el número de ejemplares que añaden a la serie conocida. De entre ellas cabe destacar sin embargo la del epitafio de *Valeria*, que vió y copió

(1) Es de tener muy en cuenta para el estudio de conjunto y para las mutuas relaciones entre unos y otros centros epigráficos este detalle, que, unido al de la forma en que está escrito el numeral de la era, igual al de los otros dos epitafios emeritenses, hace pensar en una relación entre Mérida y Mértola, indicio que puede dar lugar a la investigación de una más fuerte corriente de influjos culturales entre las dos ciudades lusitanas.

(2) El nombre del difunto ha sido leído por los editores *Iulius* y *Iustus*; pero en la copia original de Xaraquemada, única reproducción por donde pudieron estudiar el epitafio, no se ven tales nombres ni se ven razones que justifiquen dichas lecturas. Para mí queda el nombre completamente incierto. De este asunto, y de otros concernientes a la misma inscripción, me he ocupado extensamente en mi trabajo *La función numeral, VI de la S y de la C en los epígrafos hispánicos*.

La lápida estaba puesta en el pavimento de la iglesia de San Francisco. De consiguiente, fué llevada allí de otra parte, que pudo ser de la misma Zafra; pero pienso que también pudo llevarse de Mérida y ser esta su procedencia, como la de la lápida de *Vetaliana* que está en el Museo de Badajoz sin procedencia conocida y que cito más adelante.

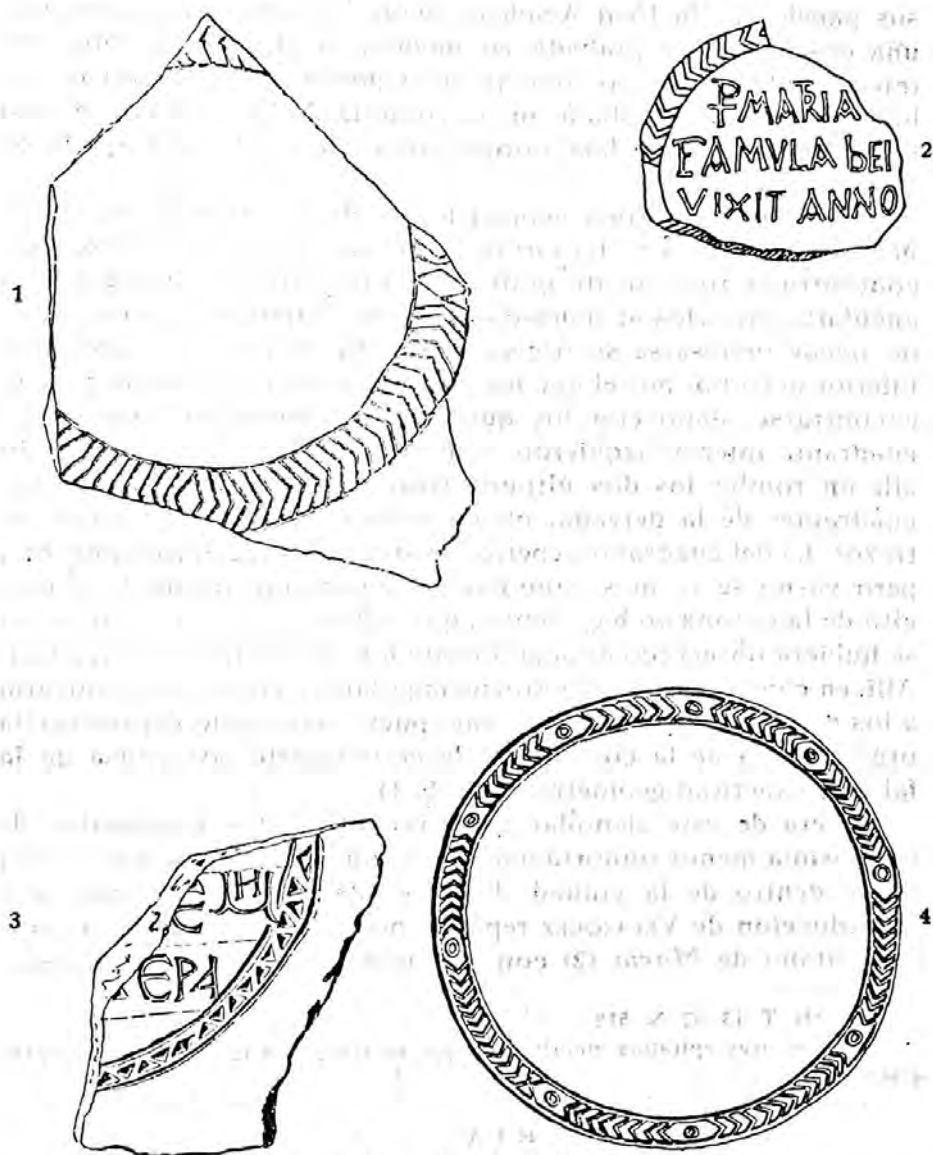


Fig. 5.—1. Corona del epitafio de *Maria*, del año 518. $\frac{1}{6}$ del natural. 2. Fragmento del epitafio de *Maria* (o *Matria* ?) Sin dimensiones. 3. Fragmento de epitafio griego. $\frac{1}{6}$ del natural. 4. Corona del de *Vetaliana*, del año 522. $\frac{1}{6}$ del natural. Dibujos del autor.

VELÁZQUEZ en Mérida. El dibujo original no se conoce; pero entre sus papeles de la Real Academia de la Historia (1) se conserva una prueba de un grabado en madera, en el que la corona está interpretada convencionalmente; mas por la organización de las hojas parece que estaba formada como la de *Valentinus*, lo cual no va mal con las fechas, porque ésta es del 514 y del 518 la de *Valeria*.

Del tipo de corona geométrica es el ejemplar del epitafio de *Maria*, del año 518. La corona consiste en dos circunferencias concéntricas toscamente grabadas, cuyo anillo lo llenan trazos angulares paralelos, dispuestos en espina. Como no está completa no puede precisarse su organización. Se ve entero el cuadrante inferior derecho, por el que los trazos angulares descienden hasta encontrarse abajo con los que en dirección opuesta vienen del cuadrante inferior izquierdo, que no está completo, formando allí un rombo los dos últimos trazos de cada serie. Entre los cuadrantes de la derecha, otro rombo enlaza las dos series de trazos. La del cuadrante superior se inicia en dirección ascendente; pero ya no se ve más, sino que en lo poco que queda de lo más alto de la corona no hay rombo, que debería haberlo si la simetría se hubiera observado de acuerdo con los ejes horizontal y vertical. Allí, en cambio, se ven los trazos angulares en dirección contraria a los de dicho cuadrante. No hay, pues, manera de garantizar la organización de la corona, ni de conjeturarla por causa de la falta de exactitud geométrica (fig. 5, 1).

Fuera de este ejemplar sólo hay otros dos fragmentos de muchísima menor importancia, pero suficientes para acreditar el estilo dentro de la ciudad. Uno de ellos se conoce por una reproducción de VELÁZQUEZ repetida por HÜBNER. Es el fragmento del epitafio de *Maria* (2) con un sector del cuadrante superior

(1) Ms. T. 13, 52. N. 518.

(2) Hay tres epitafios emeritenses que se refieren a tres Marias distintas a saber:

A. Fragmento en el que se lee:

M A R I A
F A M U L A D E I
V I X I T A N N O

El primer renglón lo inicia la cruz monogramática. En la parte superior derecha se conserva un sector de la corona, de estilo geométrico. Es al que ahora me refiero en el texto y reproduzco en la figura 5,3. Cuando HÜBNER publicó sus inscripciones se había ya perdido

izquierdo de la corona, hecha lo mismo que la del epitafio anterior y con los mismos trazos angulares, pero agrupados por parejas según parece del dibujo que copio aquí en la figura 5, 2. Tanto por la corona, como por las formas alfabéticas y otros detalles (1), este fragmento encaja perfectamente como coetáneo más o menos del anterior, pudiendo suponerse una fecha de hacia el 515 al 520. El otro es un fragmento de epitafio *griego* que conserva parte de la corona, de estilo geométrico también, pero diferente en su ejecución a los dos anteriores (fig. 5, 3). Esta lápida, que tuvo también grabado otro letrero griego por la cara opuesta, la tengo todavía sin estudiar, por lo que no quiero pronunciarme ahora acerca de sus fechas, aunque sin embargo la del epitafio de la

B. Fragmento en pedazos en los que se lee:

MARIA FA
MU[L]A DEI VIXIT
ANNOS XXVII RE
QUIEVIT IN PACE D[...]

El primer renglón lo inicia una cruz sencilla. Conserva el cuadrante superior izquierdo de la corona, o poco más, de estilo naturalista. Es a la que me refiero en la p. 131. Fué encontrada en 1907 o poco antes.

C. Epitafio casi completo que dice:

MARIA
FAMULA DEI
[V]IXT ANNOS
[..] XVIII REQUIEVIT
[I]N PACE D. III NO
NAS FEBRUARIAS
ÈRA DLVI

No tiene al principio ni cruz monogramática ni cruz sencilla. Está encerrado dentro de una corona de estilo geométrico, que acabo de dar aquí como su modelo, y que reproduzco sin el epitafio en la fig. 5, 1. Apareció en 1897 o poco antes.

Los epitafios B y C se conservan actualmente en el Museo Arqueológico Nacional. El epitafio A sólo se conoce por la reproducción de Velázquez; pero suponiendo todas las alteraciones de copia que puedan haber en un hombre tan cuidadoso como el célebre Académico de la Historia, nunca pudieron llegar a confundirse los epitafios B y C con el A, como lo han hecho algunos editores. Del asunto me he ocupado en mi tesis doctoral citada.

(1) De alguna pequeña cuestión de lectura que contiene la copia original del letrero no debe juzgarse por mi dibujo, en el que me han salido imperfectas las letras; pero no he querido prescindir de ellas por dar idea más completa del conjunto de tan pequeño fragmento.

corona ha de caer muy próxima a las que me refiero, según la mayor modernidad del estilo de las letras del fragmento del otro lado (1).

Con esto y algo más que queda por observar acerca de la piedra de *Bassilla*, se acabó la serie de las coronas emeritenses; pero del estilo geométrico hay otra muy interesante adornando el epitafio de *Vetaliana*, cuya procedencia se ignora, en el Museo Arqueológico de Badajoz. Esta tiene la ventaja sobre las anteriores de ofrecernos un modelo completo, siendo su fecha del año 522. En el anillo de la corona se distribuyen los trazos angulares en nueve series, entre las cuales están intercalados unos circulitos pequeños. Cada dos series tienen sus ángulos opuestos; pero como son impares, los trazos y ángulos de la novena son paralelos a los de la octava (fig. 5, 4). La irregularidad y asimetría de esta corona, que es en lo fundamental igual a la emeritense de *María* (fig. 5, 1), podría justificar la observada en ésta. Por último, el epitafio de *Marturius*, de Chellas (Portugal), según el fotograbado que trae HÖBNER conserva vestigios de una corona que podría haber sido de este estilo geométrico según el único resto perceptible en la reproducción: la circunferencia interior. Su fecha es el año 571 (2). El fragmento que con el número 500 trae VIVES, de la *ERA DLX*, no lo describe el autor y yo no lo conozco, no pudiendo utilizarlo aquí ni adjudicarlo a uno u otro estilo. Únicamente lo que cabe hacer ahora es subrayar su fecha: año 522.

En resumen, y según los datos de los epígrafes, la costumbre de adornar los epitafios con coronas grabadas a su alrededor se inició en Mérida hacia el año 465. El epitafio inmediato anterior en fecha del 442, no la tiene. La moda se mantuvo hasta el año 533 o poco menos, según los ejemplares conocidos. Todos los epitafios fechados atribuibles a ese tiempo por otros caracteres ya internos ya externos, todos tienen la corona. El primer epitafio fechado después del 533 es el de [*St*]/*hefanus*, que corresponde al año 552 y aparece orlado ya con el rectángulo, que persiste en el de *Marcella*, del 558 y llega hasta el 601. Parece,

(1) Véase la nota de la página 19.

(2) El numeral de la era está escrito así: *DC<VI>III*, ligadas las *VI* formando el nexo procedente de la antigua cursiva romana. (Véase nota 1 de la p. 106) La rectificación de las lecturas anteriores está hecha detalladamente en mi trabajo citado *La función numeral VI*, etc

pues, que a mediados del siglo se había impuesto otro gusto decorativo y se abandonaron las clásicas coronas. No obstante, queda en pie la corona del epitafio de *Bassilla*, con su fecha de 569. Vió y copió la inscripción PÉREZ BAYER; pero su dibujante interpretó a su antojo estas y otras coronas dando a todas la misma figura arbitraria, con lo que es imposible juzgar de su estilo. MORENO DE VARGAS, que trae el epitafio, nada advierte de la corona, y lo da sin ella. ¿Pudo añadirla inadvertidamente el amanuense de Pérez Bayer? La cuestión queda en la mayor incertidumbre; pero en el caso de que este epitafio hubiera estado decorado con dicho adorno resultaría por hoy un hecho esporádico que podría tener una explicación, como antes he dicho, y no altera ni destruye las conclusiones a que a este respecto se puede llegar con el conocimiento que tenemos actualmente de los epígrafes de Mérida y que quedan propuestas.

El adorno de la corona en los epitafios parece, pues, por ahora, privativo de la ciudad de Mérida. La existencia de ejemplares aislados fuera de la ciudad, pero todos dentro de la antigua provincia lusitana, pueden ser un testimonio expresivo de una serie de influencias que la metrópoli había de ejercer sobre el territorio provincial. Incluso la fecha tardía de la posible corona de Chellas tendría así su explicación como cosa pueblerina. Pero este tema plantea cuestiones desconocidas en absoluto y no es posible, de momento, más que apuntarlas. Es lógico y natural que ni Mérida ni las demás poblaciones de la Lusitania vivieran en un profundo aislamiento sin contactos ni relaciones culturales. Sin desmerecer la personalidad de las demás ciudades lusitanas, el foco cultural emeritense debió ejercer un positivo influjo, que ahora se atisba con motivo de este estudio, sobre ellas, aunque con las graduaciones que la distancia y las circunstancias históricas habían de imponer. En el aspecto exclusivamente epigráfico, en la época referida, lo mirtilense y lo emeritense difieren en absoluto a primera vista; pero la piedra de Orania aproxima ambas ciudades y las relaciona a través de un sencillo adorno y la forma de escribir un numeral. No serán éstos los únicos puntos de contacto que se podrán ir anotando. La investigación irá abriendo nuevos horizontes y he aquí una vez más probada la necesidad de no despreciar el estudio de los caracteres externos de los epígrafes.

Otras dos cuestiones, relacionadas quizá entre sí, son la de

si las coronas tienen algún significado más que el de simple motivo ornamental y la del origen o precedentes del adorno mismo. Para esclarecer la primera es preciso ocuparse antes de la segunda. La corona la vemos aparecer repentinamente el año 465 en el epitafio de *Florentia*. El ejemplar es el más espléndido de todos y el más clásico. Su modelo es indudablemente la láurea romana. El precedente, pues, no ofrece problema en lo remoto. En el repertorio decorativo de los tiempos romanos clásicos coronas y guirnaldas vegetales ocupan un lugar preeminente. En los monumentos romanos los escultores cristianos encontrarían fuentes de inspiración. Es más: en los mismos monumentos funerarios encontrarían con profusión el tema vegetal que nos interesa. La cuestión no está pues aquí, sino en el precedente inmediato. Este podría explicarse del siguiente modo:

En los epígrafes cristianos fué costumbre adornar el monograma de Cristo inscribiéndolo dentro de una corona o circunferencia. Basta repasar nuestros más completos repertorios hispánicos para convencerse de ello. Pero como la mayor parte está por comprobar y estudiar, me limitaré aquí a los de la ciudad de Mérida solamente, en la que por otra parte se produjo el fenómeno artístico que ahora me ocupa. De antes del año 465 se conocen ocho inscripciones cristianas, las más antiguas de la ciudad. Una de ellas es un monograma de Cristo de tipo «constantiniano», con χ y ω , dentro de una láurea con su lazo y cabos pendientes. Las otras son epitafios, todos con el crismón, a veces repetido, salvo uno, el de *Lupercus*, que sí lo tuvo lo ha perdido. En tres de ellos está el monograma cristiano dentro de la corona, los cuales con el referido antes, hacen cuatro las anteriores a la fecha del epitafio de *Florentia*. A partir de éste no vuelve a encontrarse el crismón con la corona en las inscripciones emeritenses; pero sí siempre, hasta el año 533, la corona rodeando el epitafio. En todo este tiempo el crismón se encuentra raras veces, bien sin corona encima de la del epitafio, o dentro de ella juntamente con el letrero. En el epitafio de *Florentia*, primero hoy conocido de la serie, hay epitafio y corona; pero no crismón. En el inmediato anterior, el de *Octavia*, del 442, el crismón está dentro de una corona encima del epitafio (Lám. VII). Pudo pues ocurrir que a mediados del siglo v se considerase la corona como parte del símbolo cristiano que adornaba, y que extendiendo el valor simbólico del monograma al propio adorno

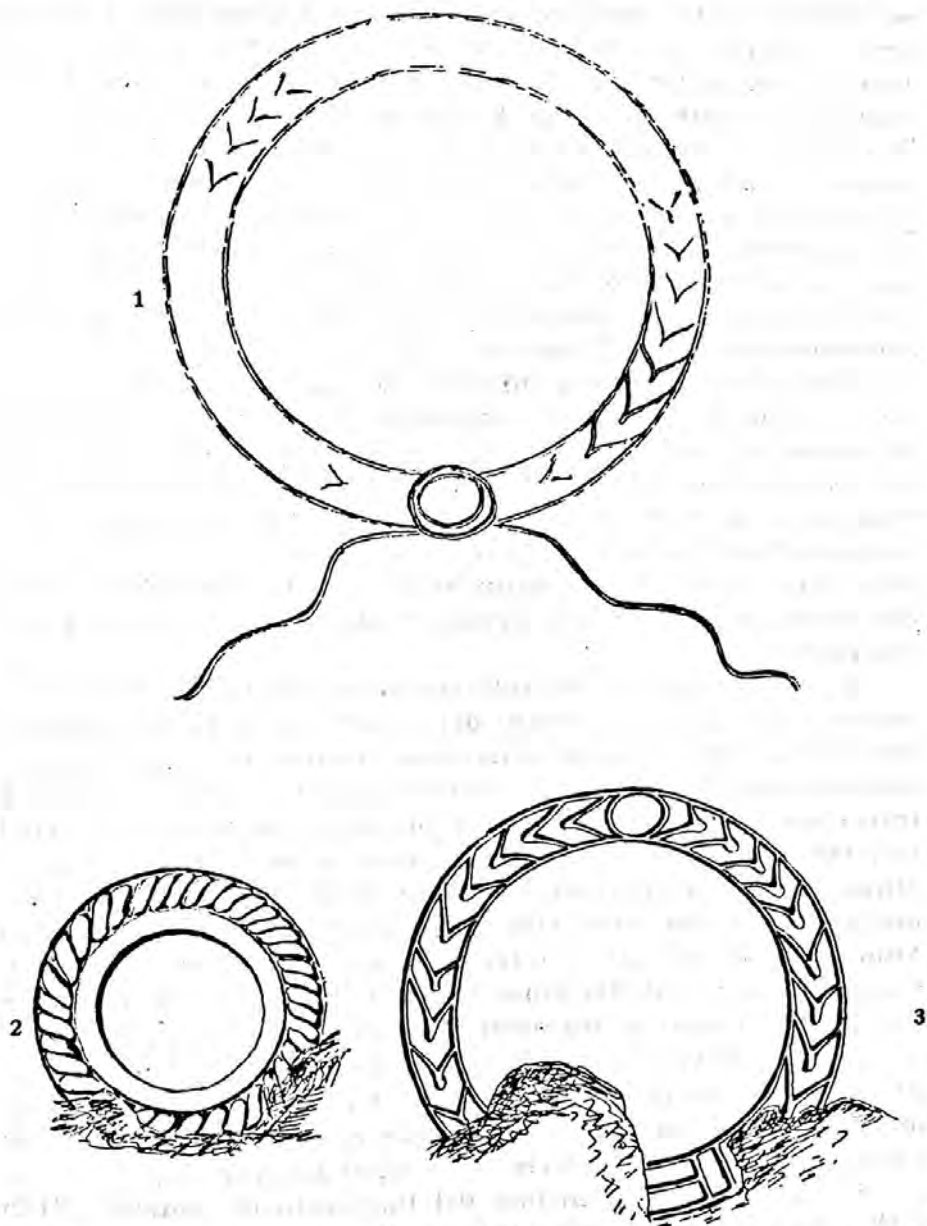


Fig 6.—1. Corona de un crismón de la primera mitad del siglo IV. $\frac{1}{2,5}$ del natural. 2. Corona del crismón del epitafio ... *MENII*. $\frac{1}{2}$ del natural. 3. Corona del crismón del epitafio de *Octavia*, del año 442. $\frac{1}{2}$ del natural. Dibujos del autor.

se tomara éste por aquél y se tuviese a la corona por sí misma como emblema de la fe cristiana, escribiendo entonces los epitafios en su interior. De esta forma quedarían explicados la ausencia del monograma de Cristo en casi todos los epitafios de la serie y el origen de la costumbre aquí estudiada, pudiendo ser ésta la solución a las dos cuestiones planteadas. La corona podría tener así un valor superior al simplemente ornamental y ser las coronas del monograma de Cristo el antecedente inmediato de las coronas de los epitafios. Toda esta explicación debe quedar, sin embargo, dentro del estado de hipótesis sujeta a las comprobaciones y rectificaciones que sean precisas.

Para terminar, dejaré iniciadas las comprobaciones con la siguiente, hecha con datos de la propia Mérida. Cabe examinar si artísticamente las coronas del crismón pudieron dar origen a las de los epitafios. La diferencia de diámetros, pequeños en los crismones, grandes en los epígrafes, no hace al caso. En el aspecto técnico encontramos la primera semejanza, pues unas y otras están grabadas y pudieron significar una continuidad; pero ésto tampoco es suficiente. Veamos ahora los ejemplares y sus características:

1.º La corona del *crismón constantiniano* en un tablero de mármol, de la primera mitad del siglo IV (fig. 6, 1). Su grabado, muy dulce y poco profundo, ha desaparecido en su mayor parte; pero se conservan bien las huellas del conjunto y todavía algunos trazos que permiten apreciar su organización general, la cual responde a un tipo de corona estilizada bien conocido en la arqueología, con dos ramas de hojas en posición opuesta, o sea dos por nudo, marcadas éstas con trazos más o menos ondulados formando ángulo. Las dos ramas, ascendentes por cada lado, según la dirección de las hojas, están atadas abajo con una cinta de cuyo nudo penden largamente los cabos.

2.º La corona del fragmento de epitafio... *MENII PUE/RI*... El interior fué vaciado posteriormente y entonces desaparecería el monograma de Cristo, quedando sólo el anillo sogueado que lo circundaba (fig. 6, 2). Su fecha es hacia el año 400.

3.º La que había encima del fragmento de epitafio *...IUS CR/...*, que estaría formada por una sola, o por dos circunferencias concéntricas, según el arco que de ella queda, grabado como las letras. Puede ser fechado hacia el año 440.

4.º La del epitafio de *Octavia* (Lám. VII y fig. 6, 3), del

año 442, del mismo estilo que la primera, aunque algo más convencional. El follaje está interpretado de la misma manera, aunque sin aquella dulzura y suavidad que se advierte en aquel ejemplar. En la parte inferior unos trazos rectos representan las cintas que ligaban las dos ramas, las cuales se juntan en lo alto enlazadas por un circulito o anillo.

De estos cuatro ejemplares sólo aprovechan en esta comprobación el primero y el cuarto, porque son con evidencia el precedente inmediato de las coronas de los dos epitafios de las dos *Marias* y del de *Vetaliana* (fig. 5, 1, 2 y 4). Los rombos y círculos que hay en dos de ellas, así como la interpretación geométrica del follaje con trazos angulares tienen su antecedente en estas dos coronas del monograma de Cristo, sin necesidad de buscarlo fuera de la ciudad ni en tiempo más remoto. Falta, sin embargo, enlazar en el tiempo unos y otros ejemplares; pero de la misma manera que entre la corona del monograma de la primera mitad del siglo IV y la del monograma de la lápida de *Octavia* media una centuria poco más o menos y, no obstante, no hacen falta datos intermedios para comprobar que la segunda es una continuación del estilo de la primera, lo propio ocurre entre la de *Octavia*, del 442, y la de *Maria*, de 518, con setenta y seis años de distancia. Sin embargo, las diferencias de época están bien manifiestas en todos los ejemplares acusando una larguísima evolución, de modo que sin los antecedentes expuestos sería difícil reconocer una corona vegetal en los epitafios de *Maria* y *Vetaliana*.

Con ésto parece comprobado, a mi juicio, el precedente de las coronas de estilo geométrico del siglo VI y argumentada mi hipótesis de que la corona de los epitafios se tomó de la del monograma de Cristo, por lo que, quizá, al mismo tiempo que un adorno pudo tener un cierto valor simbólico (1).

Queda únicamente por averiguar el antecedente artístico inmediato de las coronas de estilo naturalista, que, según los ejemplares conocidos, se usaron en los epitafios mucho antes que las de estilo geométrico y parece que tuvieron más larga duración; pero por ahora no aparece.

(1) No obstante, se ofrece cierta dificultad para admitirlo si se tiene en cuenta que la corona fué sustituida por un rectángulo como orla del epitafio. Claro está que pudo olvidarse el valor simbólico de la corona; pero el hecho es que su realidad queda completamente incierta y mientras no se puedan aducir otras pruebas será mejor considerar la corona como un simple adorno.

Dentro de lo hispánico creo agotado el tema según mis conocimientos. Habrá de examinarse la cuestión con los datos del resto del mundo latino. Mi intento ha sido únicamente dar a conocer por menudo, tanto como me ha sido posible, estas interesantes manifestaciones de la epigrafía emeritense de los siglos v al vii. Algunas otras quedan pendientes que serán recogidas, Dios mediante, en otro artículo.

Madrid, 30 de marzo de 1949.

JOAQUÍN M.^A DE NAVASCUÉS Y DE JUAN

EPÍGRAFES UTILIZADOS Y REFERIDOS EN ESTE TRABAJO

Referencias bibliográficas:

H = HÖBNER: *Inscriptiones Hispaniae christianae y Supplementum*. Berlín, 1871 y 1900.

De epigrafía = NAVASCUÉS: *De epigrafía cristiana extremeña. Novedades y rectificaciones*. «Archivo Español de Arqueología», t. XX, pp. 265-309. Madrid, 1947.

Epígrafes = NAVASCUÉS: *Los epígrafes cristianos latinos de Mérida*. Tesis doctoral, inédita. Madrid, 1948.

V = VIVES: *Inscripciones de la España romana y visigoda*. Barcelona,

Epitafios latinos:

...A/ ...El VI/ ...—De Mérida.—Sin fecha.—Del año 470 al 510.—Mus. Arq. Nacional.—MONSALUD. «Bol. de la R. A. de la Historia», L. 1907, p. 249. Epígrafes 35.

Arestula.—De Mérida.—Año 559.—Mus. Mérida.—H 26. V 479-32. Epígrafes 12.

Aurilius.—De Mérida.—Sin fecha. 1.^a mitad s. vi.—Perdido.—H. 26. V 40.

Epígrafes 40.

Bassilla.—De Mérida.—Año 566.—Perdido.—H 28. V 33. Epígrafes 13.

Bonifatia.—De Mérida.—Sin fecha. Del 400 al 440.—Perdido.—H 330. V 23.

Epígrafes 31.

Calamarius y Acantia.—De Córdoba.—Año 608.—Mus. Arq. Córdoba — V 166 y 165.

Cantonus.—De Mérida.—Año 517.—Mus. Mérida.—H 832. V 27 y corrección. Epígrafes 6.

...DORUS.—De Mérida.—Sin fecha. 1.^a mitad s. vi.—Perdido.—H 524.

Epígrafes 42.

...ERA D...—De Mérida.—Hacia el 510.—Mus. Arq. Nac.—H 344. V 39.

Epígrafes 38.

...ERA DXX...—De Mérida.—Años 482-501.—Mus. Arq. Nac.—H 343. V 38.

Epígrafes 3.

...ERA DLX.—Portugal.—Año. 522.—Mus. Etn. Lisboa.—V 500.

...ERA DCXAS.—De Mérida.—Año 578.—Mus. Mérida.—V 31a y corrección

Epígrafes 14.

Florentia.—De Mérida.—Año 465.—Mus. Arq. Badajoz.—H 333. V 478-25.

De epigrafía 2. Epígrafes 2.

Fortuna.—De Mérida.—Año 601.—Mus. Arq. Badajoz.—H 338. V 35 y corrección. De epigrafía 5. Epígrafes, 17.

...Hippolitii.—De Mérida.—Año 508.—Mus. Mérida.—V 41. Epígrafes 4.

...IA FAMULUS.—De Mérida.—Sin fecha. S. vi al vii.—Mus. Mérida.—V 481 y 483. De epigrafía 8. Epígrafes 50

Iohannes.—De Mérida.—Año 657.—Mus. Mérida.—H. 29. V 44 y corrección.

Epígrafes 19.

...IUS CR/.—De Mérida.—Sin fecha. Hacia el 440.—Mus. Arq. Nac.—V 20

Epígrafes 33.

Lupercus.—De Mérida.—Sin fecha. Del 400 al 440.—Mus. Mérida.—H 339. V 21. Epígrafes 32.

Marcella.—De Mérida.—Año 558.—Mus. Arq. Nac.—H 340. V. 31 Epígrafes 11.

Maria.—De Mérida.—Año 518.—Mus. Arq. Nac.—H 314. V. 30 y corrección. Epígrafes 8.

Maria.—(Fallecida de XXVII años).—De Mérida.—Sin fecha. Hacia el 510.—Mus. Arq. Nac.—V 30. Epígrafes 37.

Maria.—(Sin edad y sin fecha).—De Mérida.—Del 510 al 520.—Perdido.—H 30. Epígrafes 39.

Marturius.—De Chellas (Portugal).—Año 571.—Perdido (?).—H 325. V 71.

.../MENII.—De Mérida.—Sin fecha. Hacia el 400.—Mus. Mérida.—V 482. Epígrafes 30.

Métrico.—De Mérida.—Año 648.—Almacén del Teatro romano en Mérida.—De epigrafía 6. Epígrafes 18.

Nico y Acelleus.—De Extremadura.—Año 518.—Mus. Arq. Badajoz.—V 484. De epigrafía 3.

Octavia.—De Mérida.—Año 442.—Mus. Mérida.—V 24 y corrección. De epigrafía 1. Epígrafes 1.

Orania.—De Mértola (Portugal).—Año 508.—Mus. Etn. Lisboa.—H 310. V 89.

Orbanus.—De Mérida.—Del 525 al 533.—Mus. Arq. Nac.—V 28. Epígrafes 9.

Proiectus.—De Mérida.—Sin Fecha. S. IV al V.—Mus. Mérida.—V 17. Epígrafes 28.

Quinigia.—De Mérida.—Año 662.—Mus. Mérida. H 31. V 46. Epígrafes 21.

..RIAS ERA/.—De Mérida.—Sin fecha. Años 554, 594 ó 604.—Museo Arq. Nac. H 342. V 45. Epígrafes 49.

...RNINUS/—De Mérida.—Sin fecha. 1.^a mitad del s. VI.—H 532. V 37. Epígrafes 41.

Saturninus.—De Mérida.—Año 588.—Mus. Mérida.—H 33 y supp p 19. V 480-42. Epígrafes 15.

[St]hefanus.—De Mérida.—Año 552.—Mus. Mérida.—De epigrafía 4. Epígrafes 10.

Valentinus.—De Mérida.—Año 514.—Palacio que fué del Marqués de Monsalud en Almendralejo (Badajoz).—V 26. Epígrafes 5.

Valeria.—De Mérida.—Año 518.—Perdido —H 35. V 29. Epígrafes 7.

Vetaliana.—De Extremadura.—Año 522.—Mus. Arq. Badajoz.—V 485.

...USUS.—De Mérida.—Sin fecha. Meditados s. VII.—Mus. Arq. Nac.—H 342. V. 45. Epígrafes 56.

¿...?—De Zafra.—Año 516. Perdido.—H 56. V 60.

Epitafios griegos:

Σαβ[αρτιος].—De Mérida.—Sin fecha. Hacia el 520.—Mus. Arq. Mérida.—H 346-41. V 418 corrección y erratas.

¿...?—(Dos fragmentos en un fragmento de lápida).—De Mérida.—En estudio.—Mus. Mérida.—Inéditos.

Otra inscripción:

Crismón con α y ω.—De Mérida.—Sin fecha. 1.^a mitad s. VI.—Mus. Arq. Badajoz.—MÉLIDA. *Cat. mon. de España. Prov. de Badajoz.* Madrid, 1925, 2133. Epígrafes 27.



LÁMINA I — Losa sepulcral de *Florentia*, del año 465.
Procede de Mérida. Fragmento del Museo de Badajoz.
 $\frac{1}{7}$ del natural aproximadamente.

(Foto del Museo).



LÁMINA II.—Losa sepulcral de *Florentia*, del año 465. Procede de Mérida. Fragmento del Museo Arqueológico Nacional con el epitafio de *Marcella*, del año 558. $\frac{1}{9}$ del natural aproximadamente.

(Foto del Museo)



LÁMINA III.—Fragmento de la losa sepulcral con un primer epítafio de los años 555, 594 o 604, y otro de mediados del siglo VII. Procede de Mérida. Museo Arqueológico Nacional.
 $\frac{1}{3,5}$ del natural aproximadamente.

(Foto del Museo).

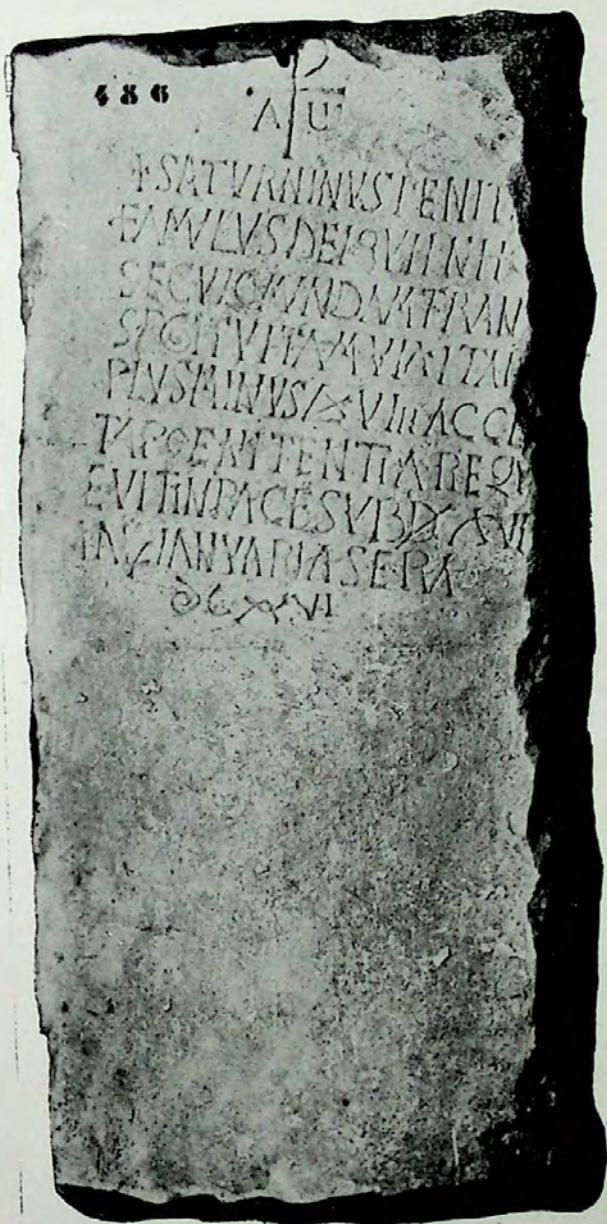


LÁMINA IV.—Losa sepulcral de *Saturninus*, del año 588. Procede de Mérida. Museo de Mérida. $\frac{1}{8}$ del natural aproximadamente.

(Foto Barrera).



LÁMINA V.—Reverso del anterior con el epitafio del presbítero Bazago, del año 1855 $\frac{1}{7,5}$ del natural aproximadamente.

(Foto Barrera).

EST PRASEALIO ELA
 DIVI SPOR DNE ANNO
 DNEI XPE
 FAMULE TUAE
 QUINIGIAE IN HOC
 LOCO QUIESCENS
 OMNIA PECCATA
 DIMITTE 488
 VIXIT ANNOS XXX
 REQUIESCIT IN PACE
 SUB DIE VI IDUS
 MARTIAS ERASCO
 REDIFICO SE A DIVI 38

LÁMINA VI.—Losa sepulcral de *Quinigia*, del año 662.
 Procede de Mérida. Museo de Mérida. $\frac{1}{5,4}$ del natural
 aproximadamente.

(Foto Barrera).



LÁMINA VII.—Lápida sepulcral de *Octavia*, del año 442. Procede de Mérida. Museo de Mérida. $\frac{1}{3}$ del natural aproximadamente.

(Foto Barrera).